

LA CAMPAÑA DE ALGECIRAS Y LA CONQUISTA DE ESTA PLAZA (1342-1344) *

por Carlos MARTINEZ-VALVERDE
Capitán de Navío

INTRODUCCIÓN

La campaña de Algeciras, que tuvo como consecuencia la entrega de la plaza por los moros al rey don Alfonso XI de Castilla y de León, es una de las más largas e importantes de la Reconquista: «fue una de las más famosas de Europa durante el siglo XIV» (1). El puerto era de capital importancia, pues, en los fondeaderos al abrigo de Isla Verde y de la costa en que estaba asentada la plaza, compuesta entonces por dos villas, podían acogerse numerosos barcos y desembarcar desde ellos tropas cuantiosas en ocasión de mar favorable. En Algeciras había puesto pie la gran masa del ejército de Muza ben Nasser en el año 712. Más tarde, en esta plaza, habían desembarcado los almoravides (1086); los almohades (1151) y los benimerines (1333-1340). Estaba, pues, bien demostrado que en cualquier ocasión crítica los moros de este lado del Estrecho pedían auxilios a los de África desembarcando éstos en Algeciras, y en tan gran número que pronto se convertía el socorro en invasión para los mismos que lo habían solicitado. En una de estas ocasiones, ya en la época que nos ocupa, fue cuando vino a la península Abu Malik, hijo de Abul Hassan, rey de Marruecos, el cual pasó con 7.000 jinetes, como fuerza avanzada de la que habría de traer su padre, y pronto llegó a titularse rey de Algeciras y de Ronda.

Había sido un grave error de Fernando IV no insistir en el sitio de Algeciras, pues lo había levantado parcialmente cuando vio la ocasión de tomar a Gibraltar por estar poco defendida en el año 1309. Siguió débilmente con algunas tropas frente a Algeciras, pero tuvo al fin que abandonar el asedio definitivamente.

El rey don Alfonso XI, desde el principio de su reinado efectivo, que

(*) Este trabajo está fundamentado en la visita y estudio *in situ* del campo de batalla.

(1) Según el profesor Luis Suárez Fernández, eminente especialista en la Edad Media: «Los castellanos tomaron posesión de la plaza —Algeciras— y liquidaron así la penosa cuestión del Estrecho.»

comenzó a la temprana edad de catorce años, luego de sacudirse de las tutorías (2), tuvo el firme propósito de continuar la Reconquista siguiendo la orientación que a ella habían dado sus mayores, de conquistar las plazas del Estrecho, para con ellas, y teniendo una escuadra, cortar toda clase de auxilios del Africa al Andalus. En este esfuerzo ya habían sitiado Algeciras don Alfonso X, don Sancho IV y don Fernando IV, bisabuelo, abuelo y padre, respectivamente, de don Alfonso.

No pudo el joven monarca hacer la guerra a los moros tan pronto como hubiera deseado, por tener que arreglar las cosas en Castilla, ante la larga y sistemática rebeldía de algunos ricos «omes», entre los que podemos citar como más importantes, por su poder y por su tenacidad, a don Juan «el Tuerto», hijo de don Juan el de Tarifa, al que al fin tuvo que mandar matar; a don Juan, hijo del infante don Manuel; a don Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, amén de otros más de inferior rango (3). Muchos ricos «omes» se movieron contra don Alfonso XI y, como consecuencia, contra Castilla, provocando guerras con Aragón, con Navarra y con Portugal. La labor diplomática de don Alfonso fue de gran sagacidad, pues consiguió no sólo la paz con dichos reinos, sino que sus reyes le ayudasen en la guerra contra los moros. Lo mismo consiguió de sus señores rebeldes después del acatamiento que le prestaron, una vez que los venció y perdonó. En la batalla del Salado luchan, con sus vasallos, en la vanguardia. También asiste a esta gran acción de guerra el rey de Portugal, si bien con poca tropa, dirigiendo su ataque contra el rey de Granada, mientras que don Alfonso lo hacía contra el de Marruecos, el propio Abul Hassan, que luego de que la flota de don Jofre Tenorio fuera destruida (4), había pasado a la península con un gran ejército. El rey de Aragón también había mandado una escuadra de galeras a reforzar a la flota castellana, que ya había sido incrementada por otra escuadra de 25 galeras que trajo de Génova don Gil Bocanegra, contratado por el rey de Castilla. El rey de Portugal, suegro de don Alfonso, había dejado a un lado anteriores diferencias y lo mismo el de Aragón. Fue una gran derrota para los moros

(2) La primera tutoría fue de la Reina Doña María de Molina, abuela del Rey, y de los Infantes Don Juan y Don Pedro, muertos éstos en una incursión en la vega de Granada. La segunda tutoría fue de la Reina, del Infante Don Felipe, de Don Juan «el Tuerto» y de Don Juan Manuel. La Reina muere en 1321. Don Alfonso tomó las riendas del gobierno en 1325. Los antiguos tutores se pusieron en seguida enfrente del Rey al nombrar éste para consejeros a Alvar Núñez Osorio y a Garcilaso de la Vega, enemigos de ellos.

(3) Los grandes se «desnaturaban»; es decir, tenían la facultad de romper el vínculo de vasallaje que les unía con el Rey; ese vínculo se había convertido en una relación personal con el monarca que podían romper voluntariamente. El «desnaturado» podía llevar con él a sus propios vasallos. Podía incluso combatir contra su antiguo soberano sin incurrir en traición.

(4) Jofre Tenorio combatió contra fuerzas enemigas muy superiores; la escuadra aragonesa había abandonado a la castellana después de haber muerto su almirante Gelabert de Cruilles en un desembarco que se hizo cerca de Algeciras. Abul Hassan pasó a España para vengar la muerte de su hijo Abu Malik, quien resultó muerto en combate en las inmediaciones de Medina Sidonia.

la del Salado, por ellos llamada batalla de Tarifa (31 de octubre de 1340).

No fue la primera campaña ésta, de las que hizo don Alfonso, entre disgusto y disgusto, y entre batirse contra otros reyes cristianos y contra los rebeldes señores castellanos. En 1327 tomó a Olvera y otras plazas (5), y en 1330 tomó, entre otras, la importante de Teba, con la derrota del caudillo granadino Osmín (6). En estos años hubo entradas en tierra de moros, de menor importancia y también ellos hicieron las suyas en tierra de cristianos. En 1333 acudió don Alfonso a socorrer a Gibraltar, no consiguiendo hacer levantar su asedio, siendo al fin tomado por Abu Malik. Los conflictos con los ricos «omes» castellanos le hicieron firmar una tregua por cuatro años con el rey de Granada.

En 1341 entró de nuevo por tierra de moros, ganando castillos y plazas, de los primeros Cartabuey, Benamejí, Matrera y Locovín, las villas de Priego y Rute, y la importante plaza de Alcalá de Benzaide que desde entonces se llamó Alcalá la Real.

Para llegar al punto de partida de nuestro estudio, hemos de mencionar la gran victoria naval de la flota de Castilla, mandada por Bocanegra, conseguida en la desembocadura del Guadalmequí (al este de Tarifa), en la que además de sufrir los moros grandes pérdidas de buques, murieron los dos almirantes, del rey de Granada y del de Marruecos.

Antes de la batalla, el almirante Bocanegra había clamado, sin éxito, porque acudiese una fuerza de los castellanos a echar a los moros de la ribera, pues al tener ellos ésta se acercaban sus naves a su amparo. Al disponer de la tierra los cristianos, se tendrían que separar de la costa y podrían combatir contra ellas las naves de los castellanos, que eran de mayor calado (7).

El rey don Alfonso pudo reunir una hueste para ello y se apresuró cuanto pudo, pero antes de llegar recibió la noticia de la victoria de su flota sobre la de los enemigos. Es digno de hacerse notar que en la flota cristiana estaba integrada una escuadra portuguesa mandada por el almirante don Carlos Pezano. Aquella se dirigió a Getares, al sur de Algeciras, su base de partida, que era una base ubicada en un terreno dominado por los moros. El rey don Alfonso siguió adelante, su deseo hubiese sido, como lo manifestó en varias ocasiones, haberse hallado en la acción apoyando a su flota desde tierra, pero al no poder llegar a tiempo para ponerse en contacto con aquella y para felicitar al almirante y todas las tripulaciones penetró en el terreno enemigo en punta de lanza con una pequeña fuerza de 2.300 caballos y 3.000 peones (ballesteros y lanceros).

A continuación embarcó don Alfonso en una galera y fue a reconocer Algeciras, pues vio que conseguido el dominio del mar era ocasión de em-

(5) Aimonte, Pruna y Torre Alhaquin.

(6) Cañete, Cuevas y Ortegicar.

(7) Al no tener la tierra los cristianos durante el combate, se perdieron por vareda y por efecto del ataque de los enemigos dos naves castellanas, que al fin hubieron de quemar sus tripulantes, y estuvo a punto de perderse una galera genovesa de las que acudieron en su auxilio. No obstante, la victoria fue resonante.

prender el sitio de la importante plaza. Y aquel dominio se afirmó con las victorias navales de Bullones y de Estepona, conseguida esta última por una escuadra de Aragón que venía como refuerzo, mandada por el almirante don Pedro de Moncada.

PREPARATIVOS LOGÍSTICOS. MARCHA DE APROXIMACIÓN.
ENTRADA EN POSICIÓN

*La villa vióse hermosa,
El alcázar bien labrado,
Nunca fue en el mundo cosa
De que fuese más pagado.*

Poema de Alfonso XI (8) y (9).

Reunió el rey su Consejo de Guerra y hubo diversidad de opiniones sobre si se iba o no contra Algeciras. Al fin predominó el buen sentido, pues no eran solamente pocas las fuerzas que llevaban sino que estaban faltas de «bastimentos» y carentes de los «engaños» propios para atacar la plaza. Finalizaba el mes de junio de 1342. En Sevilla se preparaba todo. Don Alfonso, con la actividad que le caracterizaba, vuelto a Jerez fue a Sanlúcar y desde allí a Sevilla. Ordenó se embarcasen bastimentos y material de sitio, sabedor de la ventaja que tenía el transporte marítimo. Todo lo inspeccionaba personalmente. Numerosas mesnadas se preparaban en Castilla y en León para formar una nutrida hueste, pero tardarían en llegar. Sabía la baja moral del enemigo desde la derrota de su flota y había que aprovechar el momento psicológico. Los adalides, buenos concedores del terreno que rodeaba a Algeciras, le hicieron saber la existencia de cierta posición en la que podía mantenerse a la defensiva en tanto no llegasen más efectivos, y cerca del mar para que desde él la hueste fuese aprovisionada y apoyada por la flota en un posible combate cerca de la orilla.

Es importante consignar que el rey don Alfonso, ya a principios de este año de 1342 había conseguido recursos económicos para hacer frente a los grandes gastos que importaría la campaña de Algeciras, logrando de las ciudades de Castilla más importantes, el importe del tributo puesto sobre toda venta que se efectuaba: el de «la alcavala».

(8) Poema atribuido a Rodrigo Yáñez. Tiene la fuerza y el encanto de haber sido escrito en el mismo siglo XIV. Permanecía manuscrito en la biblioteca de El Escorial y la Reina Isabel II ordenó la publicación, a sus expensas, en 1863.

(9) Dice la Crónica en prosa: «Et si ante avia talante de la tomar et conquerir, ovolo mucho más desque la vió»... «El almirante dixole, que un moro avia en la villa, que salía á escuso de los otros omes a fablar con un ome del almirante; et que le dixo que los de la villa estaban muy desmayados por el vencimiento que oviera la su flota.» Le comunicó también la llegada de galeras de Aragón que habían efectuado una importante presa sobre Estepona.



Moros alfaraces (siglo x al xii). (*Album de la caballeria española*, del conde de Clonard.)

El 25 de julio salió don Alfonso de Jerez con el ejército, camino de Algeciras con una hueste compuesta tan sólo de 2.600 caballos y 4.000 peones (10). Tomó el camino a Medina Sidonia y a Tarifa, por el paso de Facinas, dirigiéndose de allí a Getares, para una vez puesto en contacto con la flota, meterse de nuevo tierra adentro para subir a las alturas que rodean Algeciras. Dejó varios puentes, establecidos sobre los cursos de agua para que al venir los refuerzos que esperaba pudiesen reunírsele con mayor premura.

Plantó el rey sus tiendas y las de su mesnada junto a una antigua torre que domina la ciudad de Algeciras y sus avenidas del lado de lo que en aquel entonces podía llamarse tierra de moros, dominando los pasos del río Palmones. Los adalides se establecieron más tarde en la torre misma, por ello desde entonces se conoció con el nombre de Torre de los Adalides (11). Las demás mesnadas de la hueste acamparon, escalonadas en alturas, hacia el mar, hasta una de las torres de vigilancia de la costa. En ella se aposentó el almirante de la flota, cuyos buques fondearon enfrente, y la torre también quedó bautizada desde entonces y se le llamó «del Almirante».

Esta disposición de las fuerzas permitía hacer frente a los socorros que pudiesen enviar los moros a la plaza, al tiempo que ella quedaba bloqueada por ese lado.

CAMBIO DE DISPOSITIVO

Pronto se vio que los moros de la plaza salían y atacaban y apresaban a los cristianos que se dirigían a Tarifa o venían de esta plaza, la comunicación con la cual era de gran importancia al ser la más cercana en poder de los cristianos. Para castigar estas acciones del enemigo ordenó don Alfonso establecer una celada (12) que tuvo éxito, pues se tomaron a los moros varios prisioneros por los que se pudo saber el estado de cosas en la plaza, el número de hombres de guerra que la guarnecían y el de habitantes que podían tomar las armas. Al parecer las dos villas estaban

(10) Como se ve no pudo el Rey reunir muchos más hombres que los que llevaba cuando fue la primera vez a Getares Iban con él el don Gil, arzobispo de Toledo, y don Bartolomé, obispo de Cádiz, con sus vasallos; el prior de San Juan, el maestre de Santiago, el de Calatrava y el de Alcántara, cada uno con sus freyres y caballeros. Don Alfonso Pérez de Guzmán, don Pero Ponce de León y don Enrique Enríquez, con sus mesnadas; los pendones y vasallos de los hijos del Rey, don Fadrique y don Juan, y los Concejos de Sevilla, Córdoba, Jerez y Ecija, y el de Carmona y el de Niebla. También la gente del obispado de Jaén.

(11) Muy importante era el papel de los adalides; sus cualidades las cita el Código de las Partidas: «Sabiduría, esfuerzo, buen seso natural y lealtad.» La Crónica cita los nombres de los principales: de don Alfonso Martínez Omar, que era moro de don Juan Francisco y de Mosén Tufar.

(12) En la táctica empleada durante las guerras de la Reconquista ocupa un lugar muy preeminente la celada arrastrando al enemigo hacia una superioridad propia para «ponerle en peoría».

bien aprovisionadas, «tenían víveres hasta las hierbas nuevas (panes nuevos)».

Para mantener las comunicaciones con Tarifa acercó el rey su real hacia la plaza, moviendo también sus fuerzas, acercando los reales de las mesnadas, manteniéndolas éstas extendidas hacia el mar, de la misma forma que anteriormente. Mandó, también, ocupar otra altura al sur del río de la Miel, esto es, al oeste de la plaza, con el Pendón y vasallos de su hijo don Tello, mandado por Fernández de Portocarrero; los caballeros de Calatrava y de Alcántara y el concejo de Carmona. Este lugar era el mismo en que el rey había mandado establecer la celada antes dicha. Los moros efectuaron una salida contra los que ocupaban esa posición (probablemente por la puerta de Jerez de la Villa Vieja), pero fueron rechazados con energía y perseguidos.

Del lado del sur situó don Alfonso a los que normalmente formaban «la delantera» o vanguardia de la hueste (cuando ésta marchaba o atacaba); la constituían los Caballeros de Santiago y el concejo de Sevilla, reforzados con alguna otra fuerza. Había con ellos seis caballeros alemanes de los que habían venido a combatir contra los moros en olor de cruzada. Ocuparon todos el lugar centrado por el sitio «que tenían hecho los moros para matar el carnero de Pascua» —dice la Crónica.

Ordenó también el rey la ocupación de una posición en extremo avanzada, del lado del norte, pasado el río Guadarranque, una torre que se alzaba cerca de su desembocadura, llamada de Qartāyanna. Tenía por objeto su ocupación, poder dar desde ella pronto aviso del acercamiento de cualquier fuerza enemiga que llegase por ese lado de donde vendría la hueste mora con el fin de hacer levantar el sitio puesto a la plaza. Los moros que la guarnecían la cedieron sin lucha, a condición de que les dejasen marchar libres. Así se hizo.

Cuando los de la plaza vieron una fuerza, la del lado sur, situada tan lejos del grueso, los de la «delantera» efectuaron una salida por la puerta que los cristianos llamaron «del fonsario», seguramente una poterna amplia, situada en el foso mismo, que por aquel lado defendía la plaza. Salieron 300 caballos y 1.000 peones; reaccionaron los nuestros y fueron puestos en retirada, no sin pérdidas por nuestra parte, entre ellas la de uno de los caballeros alemanes, el conde de Lous, que fue muerto por los moros cuando éstos fingían huir y él les perseguía, y fue llevado su cadáver a la plaza (13). Para entorpecer nuevas salidas se hizo un foso protegiendo ese real, que después fue prolongado por ambos lados hasta la unión con el río de la Miel.

(13) Los moros quemaron el cadáver del valeroso conde. A consecuencia de este incidente el Rey rogó a los caballeros extranjeros que no se dejasen llevar por su ardimiento, y que no fuesen los primeros en los ataques y persecuciones, ya que no conocían las particularidades de la guerra contra los moros.

Croquis esquemático de los despliegues de ataque a Algeciras (1342-1344)

V.—Villa Vieja.

N.—Villa Nueva.

- 1.—Torre de los Adalides y campamentos en el primer despliegue.
- 2.—Torre del Almirante.
- 3.—Buques de la Flota.
- 4.—Campamento del Rey en el segundo despliegue.
- 5.—Campamentos del mismo.
- 6.—Buques de la Flota en el fondeadero del segundo despliegue.
- 7.—Posición intermedia («en el oteruelo»), segundo despliegue.
- 8.—Posición de la «delantera» o vanguardia, segundo despliegue.
- 9.—Puente sobre el río de la Miel.
- 10.—Puerta de Gibraltar (Villa Nueva).
- 11.—Puerta de Jerez (Villa Nueva; «de Jerez y de Tarifa»).
- 12.—Puerta de Jerez (Villa Vieja).
- 13.—Puertas de unión de las dos villas (con puente).
- 14.—Poterna del Fonsario o Foso.
- 15.—Puerta del Mar (Villa Vieja).
- 16.—Puerta del Mar (Villa Nueva).
- 17.—Alcázar de la Villa Nueva.
- 18.—Alcázar de la Villa Vieja.
- 19.—Campamentos del cerco (tercer despliegue).
- 20.—Barraje marítimo del norte y buques de su guarda.
- 21.—Barraje marítimo del sur y buques de su guarda.

EL OBJETIVO

Para mejor comprender estas maniobras de combate, y las que van a seguir, debemos hacer un inciso en el relato de las operaciones y pasar a hacer, aunque sólo sea una somera descripción de la plaza.

Algeciras, Al-ʿYazīra al-Jadrā (14), era una plaza muy fortificada y bien torreada; con «dos cavas muy hondas et dos barreras muy altas», al decir de la Crónica. Su perímetro era grande, por ser dos las villas de que se componía, separadas por el río de la Miel, Wādī l-ʿAsal. El perímetro de la Villa Vieja era de unos 1.700 metros, el de la Villa Nueva unos 2.400 y el total de las dos consideradas como un conjunto (comprendiendo la parte de río intermedia) 4.600 metros. Ambas Algeciras Vieja y Nueva ocupaban sendas alturas cercanas al mar, por entre las cuales discurría (y discurre ahora, con canalización subterránea) el antes referido río (15). Ambas villas estaban fortificadas, y ambas cercadas por sendas murallas. Se desconoce el número de torres; los planos existentes, del siglo XVIII, muestran tan sólo el recinto de muralla de la Villa Nueva, sin torres; solamente se marcan en él tres de las antiguas puertas. Dicha ciudad parece tenía cuatro: Una la que le comunicaba con la Villa Vieja, era la Bab al Madinat. ¿Había para ello, también, un puente? Los susodichos planos del siglo XVIII no lo señalan (16). Otra puerta era la llamada «Nueva» y por ella se salía para tomar el camino de Gibraltar. Otra es la marcada con el nombre de «la de Tarifa» (17). Otra (que ha durado hasta no hace mucho) era la que comunicaba con la ribera del mar, y era conocida con el nombre de «Ojo del Muelle». La Villa se seguía llamando «Nueva»; lo era con respecto a la otra; y la mandó construir el merini Yakub. En la parte alta de la Villa aparecen señaladas las ruinas de un importante «castillo antiguo», probablemente un último reducto de defensa árabe. Parece ser que la puerta de Gibraltar tenía una barbacana, ¿sería una de las dos barreras de que habla la Crónica? Esta habla también de dos cavas muy hondas: una, sin duda, «la poterna del Fonsario».

La Villa Vieja siguió siendo, al parecer, la de mayor importancia. En ella estaba el alcázar (en el que se alojó el rey don Alfonso cuando tomó

(14) Al-ʿYazīra al-Jadrā (la Isla Verde). La ciudad asentada en tierra firme recibió el nombre árabe de la isla que tuvo enfrente. En ésta habían establecido los moros un refugio y un poblado, en el año 711. Después pasaron al continente y fundaron lo que al andar del tiempo se llamó Villa Vieja, cuando hubo otra que fue la Nueva. Aquélla es donde más de antiguo estuvo el Portus Albus de los romanos.

(15) El río se llamaba «de la Miel» por el dulzor de sus aguas, en comparación con otros cercanos algo salobres.

(16) En la Crónica, en el relato de los combates de agosto de 1343, se menciona «una puente» que muy bien pudiera ser ésta. Por otra parte, al ser el río poco caudaloso se podría pasar fácilmente por cualquier sitio.

(17) La puerta de Tarifa, de la Villa Nueva, ya existiría en tiempo árabe, para poder salir directamente sin tener que ir a la Villa Vieja.

la plaza). También estaba en ella la mezquita mayor (mandada construir por Abd al-Rahman I). Esta villa tenía cinco puertas: Una la de comunicación con la Villa Nueva, otra la de Jerez, ¿Bab al-Kebir?, situada en el frente noroeste; otra la de Tarifa, ¿Bab al-Tarafa?, ya en el frente sur de la villa; seguía la llamada por los cristianos «del Fonsario», esto es «la del foso» debería ser, pues, una poterna. Las salidas del foso se harían por rampas en sus extremos (aquél era tan sólo un tramo de foso). Esta poterna será la que las crónicas árabes (Abd al-Himyari) tienen por tal y llaman Bāb al-Jawja. Otra puerta era la que, sin duda, daba al puerto ¿Bab al-Bahr? A mi modo de ver, estaría en el frente sudeste protegida por la llamada torre del Espolón. La existencia de este saliente destacado del recinto parece que obedece a proteger algo de los posibles ataques de «a fuera», del sur (18).

Por el lado de tierra había alturas que no llegaban a dominar la plaza «de cerca», pero que, por su cota, permitían el establecimiento, en ellas, de posiciones difíciles de atacar a los que hiciesen salidas desde la plaza, y a una posible hueste que viniese desde fuera a ayudarla. Se esperaba esta acción del enemigo, dada la cercanía de un ejército combinado de Granada y de Marruecos. Por el lado del mar, al socaire de la isla Verde estaba el fondeadero principal de los buques, frente a la playa del Chorruelo. Probablemente, al soplar el levante, enmendarían sus fondeaderos y se acercarían más a la isla para tener mayor resguardo.

La importancia marítima de Algeciras era grande; durante el Califato su puerto fue base para sus buques de guerra. Había también atarazanas (Dar al-sināa') que según el Kibab al-Raw eran de factura magnífica. La Crónica se expresa: «... Tiene esta cibdat atarazanas muy grandes e buenas, a do se fazen navíos e fustas para navegar» (19).

El rey don Alfonso no tenía efectivos para cercar del todo Algeciras cuando llegó con su reducida hueste. No podía tampoco pensar en asaltar las villas, tan bien defendidas; no disponía tampoco de artillería pirobalística. Tenía que esperar refuerzos de hombres y de elementos de sitio; al disponer del dominio del mar, éste sería el medio por el cual le vendrían dichos elementos, la madera para todos los trabajos del asedio y la gran cantidad de víveres necesaria para la manutención del ejército. Era muy difícil alimentar tantos hombres viviendo sobre la zona. El rey tomó las posiciones que hemos dicho, las enmendó a tiempo y se quedó a la defensiva (de salidas de la plaza y de posible socorro exterior) (20).

(18) Hay constancia de que, en el año 712, fue ante esa puerta donde formaron, al desembarcar, los 18.000 hombres de Muza ben Nusayr, divididos en veinte unidades, cada una con su bandera. Dozy dice que por esta razón la Mezquita de Algeciras se llamó «de las banderas».

(19) Esta construcción naval algecireña se mantuvo durante toda su época árabe hasta la conquista. La parte marítima de ésta tuvo gran importancia dentro del contexto general.

(20) El Rey Don Alfonso sabía que el Rey de Granada se había puesto en campaña con seis mil jinetes. Sabía, igualmente, que en Ronda y sus castillos había dos mil más que habían venido de Africa y que más habían de venir.

La guarnición de la plaza era fuerte y estaba bien protegida por torres y murallas; al principio estaba animada de gran espíritu, como lo demostraron con sus muy frecuentes salidas. Los moros prisioneros como resultado de la primera celada establecida por los nuestros, dieron cifras de los efectivos enemigos: Había:

ochocientos caballeros (jinetes) merines, et más de doce mill omes de pie ballesteros et arqueros, sin los otros omes para pelear de la otra gente de la ciubdat: así que coydaban que eran más de treinta mill personas...

(Crónica del rey don Alfonso el Onceno).

Los sitiados tenían armas de fuego, los «truenos» una sorpresa táctica con sus consecuencias de índole moral. Acerca de ello recoge la Crónica:

Et los moros de la ciubdat lanzaban muchos truenos contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro muy grandes; et lanzabanlas tan lexos de la cibdat, que pasaban allende la hueste algunas dellas: et otrosí lanzaban con los truenos saetas muy grandes et muy gruesas; así que hubo saeta tan grande que un ome había mucho que facer en la alzar de tierra.

Y en otro sitio:

De las pellas de fierro lanzadas con truenos, los omes habian muy gran espanto, ca en cualquier miembro del ome que diese levabalo cercén, como si se lo cortasen con cochiello: et cuanto quiera poco que ome fuese ferido della, luego era muerto, et non avía cerugía nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venía ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que cualquier llaga que ficiesen, luego era el ome muerto; et venía tan recia que pasaba un ome con todas sus armas...

Estas palabras, hacen ver no solamente el efecto material de la nueva arma, sino el espanto que causaron en un principio y que el valor hubo de dominar.

Además de los truenos los moros tenían también ingenios de artillería neurobalística que también eran empleados con maestría.

Con todo esto no es extraño que el cerco de Algeciras durase mucho tiempo: veinte meses, con momentos muy difíciles para los cristianos, con muchas fatigas y sufrimientos...

et pasaron tantos fechos que la estoria debe contar, et en cada mes pasaron tantos fechos, que en tiempo de algunos de los otros reyes no acaescieron tantas cosas en un año...

COMBATES. LLEGADA DE REFUERZOS. INCIDENCIAS

Ya vimos que no bien observaron los moros el establecimiento de los nuevos reales y lo separados que estaban unos de otros, lanzaron sus ataques saliendo unos por la puerta de Jerez y otros por la llamada «del Fonsario», esto es, reaccionando en los frentes oeste y sur de la plaza. Se vio que este último sería el de mayor conflictividad y el rey ordenó hacer una cava que defendiese el real cristiano de ese lado. Los moros podían salir a cubierto y atacar con rapidez.

Corría ya el mes de septiembre cuando se recibió un importante refuerzo: el Pendón y vasallos del infante don Pedro (el hijo legítimo del rey y su heredero), mandada su hueste por don Alfonso de Alburquerque, jefe de la casa del infante (21). Don Alfonso mandó acampar a esta fuerza en el frente norte de la plaza. La reforzó con el concejo de Córdoba y con la gente del Obispado de Jaén (fuerzas que anteriormente había traído el rey consigo). Se establecía, pues, otro núcleo de fuerza en la parte norte de la plaza como ya existían en el oeste y en el sur. Del lado este, el de la mar estaba guardado por la flota. El nuevo grupo vigilaba la puerta «Nueva» o de Gibraltar. Al oeste, frente a la puerta de Jerez de la Villa Vieja, estaba el Pendón y vasallos de don Tello, con los caballeros de Calatrava y de Alcántara, y al sur, frente al Fonsario y su poterna, se mantenían los caballeros de Santiago y el concejo de Sevilla.

Contrariamente a lo que le ocurría a la hueste que aumentaba le sucedió a la flota, que se vio disminuida en la escuadra de Aragón, llamada por su rey por serle necesaria, dada la situación de guerra que sostenía con el rey de Mallorca. Con esto, don Alfonso tuvo gran contrariedad, especialmente por la tensión que hubo con el almirante de Aragón tan sólo porque el rey le rogó que la marcha la hiciese de noche para que no se apercibiese el enemigo (22).

En octubre llegaron al real importantes refuerzos, vinieron, primero don Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya, y después, don Juan Manuel. El primero trajo numerosa hueste a caballo y los de a pie, que también fueron muchos, vinieron embarcados. Las naves trajeron mucha madera, muy necesaria para fabricar abrigos y para los trabajos de sitio (23). Al de Lara le mandó el rey reforzar el sector sur, el del Fonsario; a don Juan Manuel le mandó establecer su campo frente a la Villa Nueva, cerca de donde lo tenía el Pendón y vasallos del infante don Pedro. A los pocos días fue atacado don Juan Manuel por una fuerza de enemigos sa-

(21) El Rey Don Alfonso puso casa a todos sus hijos; al legítimo y a los naturales, y de ahí que concurren los pendones y vasallos a las campañas con el jefe de la casa o «amo» al frente.

(22) La tensión llegó a tal punto que el joven almirante de Aragón llegó a separar sus naves de las de Castilla, ya en actitud de combate.

(23) También se trajo mucha madera, por mar, desde Valencia, de los pinares de Moya, en Aragón.

lidos de la Villa Nueva, por la puerta de Gibraltar. Resistió y pronto fue socorrido por las fuerzas de los vasallos de don Pedro, y por las del concejo de Córdoba que también acampaban muy cerca. El combate se desarrolló con grandes vaivenes, huyendo los moros varias veces, para volver reforzados sobre sus perseguidores (aspecto típico de su táctica). Los cristianos puede decirse que tuvieron en este combate la peor parte y hubieron de retirarse a sus reales, de momento ligeramente fortificados. Los moros lo hicieron a la ciudad. Pocos días antes los resultados habían sido distintos, como el de una celada tendida cerca del arroyo Salado, existente en el sector norte de la plaza, en la que los moros tuvieron muchas bajas.

Otro refuerzo llegado al ejército cristiano fue el de Pero Fernández de Castro, adelantado de la frontera. El rey le mandó colocarse «en derecho de las dos torres mayores de la ciudad».

Ya era noviembre cuando llegaron más refuerzos, uno de ellos el de don Gonzalo de Aguilar, pero de momento no se pudo mejorar el despliegue debido a los grandes lodos que habían producido las lluvias y que dañaban especialmente a los caballos y mulos que se mantenían a la intemperie. Los campamentos del sector norte habían tenido que replegarse hacia el mar buscando un terreno arenoso. Con esto quedó un gran espacio sin guardar entre las fuerzas del norte y las del oeste, y los moros salían, aprovechando precisamente el mal tiempo; para evitar los daños que hacían se construyeron numerosos castillos de madera, guarnecidos por ballesteros. Ya antes se había hecho una cava que completaba el sistema.

Y llegó otro refuerzo, también en noviembre: una escuadra de Aragón, con diez galeras, mandadas por el vicealmirante Matheos Mercader. El rey le mandó tomar su fondeadero en la parte norte de la zona de bloqueo marítimo, cerca del real de la hueste del Pendón y vasallos del infante don Pedro.

Dejemos, por el momento, los refuerzos, los combates y los cambios de posición de los campamentos y pasemos a mencionar algunos importantes sucesos de este cerco de Algeciras, en estos sus primeros meses:

Falleció el maestro de Santiago y, con licencia, del Papa, fue designado para tal dignidad don Fadrique, hijo natural del rey.

El rey mandó a tierra de moros a un agente secreto, Ruy Sánchez, llamado «Pavón», a fin de obtener noticias del enemigo y de sus intenciones.

Fueron apresados dos moros que desde Castellar venían a dar muerte a don Alfonso. Uno de ellos fue ejecutado y el otro perdonado por confesar su intento antes de ser puesto en el tormento.

Envió el rey mensajeros a los reyes de Francia y de Portugal y a S. S. el Papa, demandándoles socorros pecuniarios para hacer frente a los gastos de este sitio que se preveía iba a ser prolongado.

Al rey de Portugal le ofreció cuatro plazas como «empeños», y al de Francia coronas de oro y piedras preciosas (24).

En el mes de septiembre de 1342 comenzó a llover copiosamente, durando estas lluvias torrenciales hasta finalizar octubre. Caía el agua sin parar y todo estaba enfangado con grave daño para las personas y sobre todo para el ganado. Ya hemos visto lo que esto perjudicó al despliegue y a los trabajos del asedio.

En noviembre hubo una nueva tentativa para matar al rey. Esta vez salieron también dos moros, de la plaza, so pretexto del hambre. Se les vieron cuchillos y puestos al tormento confesaron. «El rey mandóles descabezar.» Sus cortadas cabezas fueron echadas dentro de la plaza. Los moros contestaron arrojando las cabezas de dos cristianos de los que tenían cautivos.

Vinieron al cerco diez galeras de Portugal, pero tan sólo estuvieron tres semanas. Razona la Crónica que para tan corto tiempo era mejor que no hubiesen venido, ya que al marchar cualquier fuerza de los cristianos los moros se crecían.

Llegó la alarmante noticia de haber hecho los moros incursiones por tierras de Córdoba, pero, por fortuna, pronto se supo que habían sido rechazados por las fuerzas de la frontera.

REGLAS TÁCTICAS

Para mejor conocer el modo de ser de los combates que van expuestos y otros que hayan de seguir, vamos a presentar algunas reglas tácticas propias de la guerra entre moros y cristianos. Están tomadas del *Libro de los Estados*, escrito por uno de los más eminentes caballeros de esta época: don Juan Manuel, que vemos toma parte en estas operaciones que estamos considerando; así como en otras muchas, ya que era uno de los primeros ricos hombres de Castilla, adelantado de la frontera por tierras de Murcia, hijo del infante don Manuel y nieto, por tanto, del rey San Fernando. Tomaremos lo más relacionado con las operaciones de sitio (25):

«Si home (si alguno) —dice— ha de cercar algun logar de los suyos (de los moros) conviene que segunt el logar sea fuerte ó flaco, que así faga en los combatimientos et en los engaños (¿podrían ser engaños?) et en las otras cosas que son mester para tomar el logar. Otrosí que ponga muy buen recabdo (muy gran cuidado) en guardar a los que fueren por

(24) Al Rey de Portugal le pedía el de Castilla dos cuentos, en moneda de Castilla, prestados; dándole como «empeños» las villas y castillos de Jerez de los Caballeros, Badajoz, Burguillos y Alconchel. El Rey de Francia habría de darle cincuenta mil florines, sin aceptar «empeño» alguno. El Papa habría de prestarle veinte mil florines...

(25) Del *Libro de los Estados*, así como de otros de origen árabe, podemos encontrar algunos párrafos que indican del modo de ser de estas guerras en el «Museo Militar» de Francisco Barado, tomo I, Estudio Quinto.

leña ó por paja, ó por yerba, et las recuas que traxeren las viandas para la hueste; ca siempre los moros se trabajan (se esfuerzan) en facer daño en las tales gentes; ca en la hueste que está asentada nunca ellos se atreven a entrar, nin otrosi de noche nunca gente de moros se atreve a ferir en la hueste de los cristianos; et ésto facen porque no andan armados (con cotas y armaduras, se entiende), nin los suyos caballos no andan enfrenados ni ensillados en guisa (de modo) que se osen meter en ninguna priesa ni estrechura. Pero con todo ésto siempre los cristianos deben posar (descansar) la hueste cueradamente et tener sus esculcas (escuchas) et sus atalayas (lo vemos en el cerco de Algeciras) ... «Cuando son combatidos (los moros), (cercados y atacados) conmienzanse a defender muy bien a grant maravilla; cuando vienen a la lid vienen tan recios y tan espantosamente, que son pocos los que non han ende (los que no tienen por ello) grant recelo», dice de lo que ocurre si se les toma miedo, pues ... «entiéndengelo ellos muy bien, et dántles tan grant priesa de voces et de roido et de las feridas...» Habla de las celadas, artificios de guerra continuamente usado en estas guerras tanto por los moros como por los cristianos: «Et ponen celedas porque si los cristianos aguijasen sin recabdo de los que de las celadas recudan (si los cristianos avanzan sin desconfianza persiguiendo a los que retroceden)... «los pueden desbaratar». No les parece mal, en modo alguno; «fuir, para meter a los cristianos en peoria (llevarlos a condiciones de inferioridad), si van «en pos de ellos descabelladamente». No les parece mal, tampoco, «guarescerse cuando ya ven que no se puede hacer otra cosa».

Más adelante dice: «Tan buenos homes de armas son (los moros) et tanto saben de guerra, et tan bien lo facen, que si non porque deben haber et han a Dios contra sí, et porque no andan armados et encabalgados en guisa (de modo) que puedan sufrir feridas como caballeros, que yo diría que en el mundo non ha tan buenos homes de armas, nin tan sabidores de guerra, nin tan aparejados para tantas conquistas...»

Solamente he presentado algunos párrafos, pero invito al lector a que recorra esas líneas de don Juan Manuel, así como las de origen árabe que recoge el capitán Barado en su «Museo Militar». Como ejemplo de celedas puedo orientarle a leer la que en Algeciras estableció el rey, cuando empezaba el año 1343, frnte a la puerta de la Villa Nueva: Una triple celada, podemos decir, para hacer caer a los enemigos tres veces «en peoria», como entonces se decía, en los vaivenes de los combates en retirada y vuelta de nuevo, al ser reforzados una y otra vez. Fueron a provocar a los moros los donceles, con su alcaide, montados a la jineta, jóvenes muy valerosos «omes que se habian criado desde muy pequeños en la cámara del rey, et en la su merced»... Combatieron, y luego huyeron conforme se les había ordenado y metieron a los moros en la primera celada (26).

(26) Se relata esta operación de guerra en el capítulo CCLXXIII de la Crónica del Rey Don Alfonso El Onceno. Con respecto a los donceles completa lo dicho en el texto: «... et eran omes bien acostumbrados, et de buenas condiciones, et avian

CAVAS. BASTIDAS. «CADAHALSOS». «ENGEÑOS»...

En el sitio de Algeciras la ingeniería relativa al ataque de plazas fortificadas llegó a tomar un gran volumen. Los cristianos no disponían aún de artillería pirobalística, pero el rey de Castilla tuvo buen cuidado y llevó veinte «engeños», esto es ingenio, de neurobalística. Además, disponía de dos trabucos construidos en Sevilla por genoveses (27).

En diciembre de 1342 se emplazaron esos trabucos para batir el frente sur de la ciudad, es decir, «el del fonsario». Se instalaron en la cava, para que estuviesen más protegidos de los tiros de la plaza. Pronto fueron atacados por una de esas salidas que los moros hacían por el foso, y se vio la necesidad de defenderlos mejor. Para ello se construyó una bastida, pero fija. Una nueva salida de los enemigos tuvo como resultado un incendio, pero fue éste apagado y se repararon los daños; además, se construyó otra más a vanguardia. En ambas se situaron buenos ballesteros y quedó guardado el lugar, con ello los trabucos pudieron efectuar un tiro muy efectivo sobre la plaza.

Se encargó de las obras de sitio un adelantado —podemos decir— de lo que fueron después los ingenieros militares: un escudero, «hombre de buen solar» que «sabía muy bien servir», Iñigo López de Orozco. Hizo muchas obras, llegándose a circunvalar las dos villas Nueva y Vieja, y con varias líneas de cavas, pues hubo muchas rectificaciones a vanguardia. Vigilaban las cavas «cadhalsos» o torres de vigilancia, repartidos a lo largo de ellas y las guarnecían de trecho en trecho otras torres más altas, de madera, que la Crónica llama bastidas pero que no eran móviles como las que generalmente se citan y que sirven para el asalto de las plazas.

Sería prolijo el relato sistemático de los trabajos de sitio, pero podemos recoger de la Crónica lo que indica su modo de ser: De una cava hecha en febrero de 1343: «... era muy honda, más que un asta de lanza de alto, et era mucho más ancha». Para más seguridad de los hombres era de las que se trabajaban por debajo de tierra; se «dejaba encima como un palmo de tierra, en grueso, y poníanle tablas y puntales para que lo aguantase, y así cavaban, y sacaban la tierra en espuestas». Después se quitaba todo y la cava quedaba hecha. «La cava fue muy larga, llegando cerca de la mar y dejaron algún lugar por donde pudiesen entrar los cristianos» (siempre se dejaban estas entradas). Esta cava es del sector «del fonsario», en el norte, no se podían hacer de este modo, por la naturaleza

buenos corazones (eran valerosos), et servían al Rey de buen talante en lo que les él mandaba..., et eran fasta ciento de caballo que andaban todos á la gineta (caballería ligera a manejar con audacia); con arrojón son empleados en esta ocasión.

(27) No se citan en la Crónica fracciones de fuerza de genoveses como venidas al sitio de Algeciras. Además de citarlos —en Sevilla—, construyendo trabucos, sí se citan también ballesteros combatiendo en el cerco, ¿serían desembarcados de los buques? En todo caso debemos hacer constar la fama de esos ballesteros genoveses empleados también por Francia en sus guerras contra Inglaterra. Después se fueron creando en todos sitios organizaciones de ballesteros.

del terreno, y había que hacerlas de noche para aminorar los efectos de los tiros del enemigo, al estar muy cerca ya las cavas de las murallas. Costó mucho trabajo hacerlas por las frecuentes salidas de los sitiados.

Para proteger los trabajos de ese sector norte, frente a la Villa Nueva, «mandó hacer el rey un castillo de madera muy alto et avía logar do fuesen muchos omes dentro de él». Era móvil y se hizo así por si había de emplearse para asaltar la muralla. Hubo, en Algeciras, otras «bastidas» que se construyeron con ruedas pero para ser llevadas a su asentamiento como castillos fijos, pues una vez allí, se fijaban al terreno con adobes para hacerlas más resistentes.

De los parapetos que tenían las cavas podemos decir: «Hizo poner el rey toneles por cima de las cavas, llenos de tierra y piedras, et facían dellos gran antipecho, et las gentes posaban cerca dellos y a pesar de estar cerca de la ciudad no les empecían las saetas que les tiraban desde las torres, ni tampoco los truenos.» Ello era en marzo de 1343, al siguiente mes visto que los toneles se deshacían mandó el rey sustituirlos por una barrera de tapial, más o menos alta según los lugares, «con su antipecho et andamio, et mandó levantar cadhalsos de madera más altos que la tapia».

No se especifica qué clase de engeños emplearon los nuestros contra Algeciras, únicamente se hace una distinción para referirse a los trabucos. Hasta ahora ha habido una gran confusión en los nombres que se daban a las máquinas de guerra antiguas (28) pero modernos estudios parecen indicar que los trabucos consistían en una viga, atravesada por un eje, sobre el cual giraba libremente; apoyado él en una sólida armazón de madera. Uno de los extremos llevaba un arca llena de materiales pesados que giraba violentamente por efecto del peso para estar siempre en posición «vertical». El otro extremo de la viga llevaba una honda en la que se colocaba el proyectil. Se cargaba entrando de una cuerda con un torno, del lado de la honda, y se disparaba soltando bruscamente. Al estar vertical la viga se soltaba uno de los extremos de la honda.

Los de la ciudad tiraban con cabritas (29) y con balistas (30) con que

(28) En el libro de Liliane y de Fred Funcken, *Le costume et les armes au temps de la chevalerie*, se presentan balistas, onagros... En lo que se refiere a Trabuco (*Trebuchet, dit aussi Trabuc*, vienen dibujos muy detallados, de fuentes tan fidedignas como Viollet-le-Duc, el arquitecto del siglo XIII. El cronista Guillaume le Breton, de esta misma época, clasificaba el Trebuchet o Trabuc «como una enorme honda». Coinciden con todo esto Normand y Pottinger en su *English Weapons*. También Demmin, en su *Guide des Amateurs d'Armes*. Posteriormente el Emperador Napoleón III, autor de *Le passé et l'avenir de l'Artillerie*, mandó hacer ingenios antiguos al estudiar tantas contradicciones e hizo experiencias: Vio que el trabuc doblaba su alcance con honda: Con una viga de diez metros de alcance y un contrapeso de 4.500 kilogramos lanzó una bala de a 24 (libras), a 175 metros.

(29) Las «cabritas» lanzaban piedras; hay algunas dudas sobre su mecánica. Fueron empleadas tanto en el ataque como en la defensa de plazas. Si se sabe que su tiro era más rasante que el de los trabucos (la honda hacía que el de éstos fuese más curvo). Probablemente las «cabritas» eran del tipo catapulta u onagro, basada su fuerza en la torsión y en la elasticidad consiguiente.

(30) Siempre se sigue con la duda: *estas* «balistas» podemos tenerlas por grandes ballestas sobre un afuste.

lanzaban grandes y pesadas flechas muy propias para tirar contra los ingenios de los sitiadores; tiraban con mucha precisión y «muchas cureñas fueron rotas».

Ya vimos el efecto material y moral de los truenos, verdadera sorpresa táctica en beneficio de los sitiados (31).

No hay constancia de que en Algeciras se emplease el ataque de minas, ni el de gatas (32); seguramente por la decisión tomada por don Alfonso, desde el primer momento, de no asaltar la ciudad; ya que tenía una hueste poco numerosa y, después, cuando el ejército de socorro, de los moros, estuvo cerca, temía, con razón, le atacasen aprovechando la ocasión en que él con los suyos estuviese empeñado en fuerza contra la plaza.

PERFECCIONAMIENTO DEL CERCO. COMBATES

En febrero de 1343 siguieron viniendo refuerzos en cantidad suficiente para completar el cerco y así pudieron establecerse posiciones entre el río de la Miel y el mar, por el norte de la ciudad, empleándose en guarnecerlas los hombres de los concejos, en lugares apenas si vigilados por los ballesteros «de las nóminas» de las organizaciones locales. Desde la posición que ocupaba don Fernán Rodríguez, señor de Villalobos, cerca del río, se establecieron los concejos de Cuenca, de Moya, de Requena, de Medinaceli, de Castro Jerez, de Vitoria, de Santo Domingo, de Buitrago y de Almoquera. Ya hemos señalado la cava que se hizo, con parapeto. En el extremo del lado del mar, en el norte, se situó el vizconde de Cabrera, don Bernaldín de Rocaberti, para que estuviese cerca del fondeadero de la escuadra del rey de Aragón. El rey tomó parte muy directa en todo: «por sí mismo andaba de noche mandando hacer las cavas dó posasen éstos (los concejos), en la vega». Vinieron, también, al cerco los obispos de Palencia, Salamanca, Zamora y Badajoz.

A los concejos anteriormente citados hay que añadir en el despliegue los de Palencia, Salamanca, Zamora, Córdoba, Guadalajara, Talavera, Toro, Alcaraz, Soria, Atienza, Almazán, Calahorra, Logroño, Navarrete, Molina, Roa, Medina de Pomar, Oña y otros de menores efectivos de Castilla, León y Extremadura. Dispuso don Alfonso que dos concejos de los mayores quedasen en reserva para acudir a donde fuese menester, el de Burgos y el de Valladolid, este último expresamente dedicado al sector sur, al del fonsario. Además, más retirados de la ciudad de lo que quedaban

(31) No fue, sin embargo, el sitio de Algeciras —al parecer— la primera ocasión en que se empleó la pólvora, en truenos, en España. Hay quien dice que fue en el sitio de Niebla, en 1257; muchos más lo que dicen que fue en el ataque a Guardamar, en Alicante, por Mohamed V, en 1331. No obstante, para los que sitiaban Algeciras era cosa nueva. En Florencia, ya en 1325, según Libri, se prepararon «balas de hierro para cañones de metal».

(32) En el ataque de minas se actuaba sobre los cimientos por galerías subterráneas; con las «gatas» sobre las esquinas bajas de las torres, desde el exterior.

los antedichos concejos, puestos en posición, mantuvo el rey una fuerza de maniobra formada por el Pendón y vasallos del infante don Pedro la numerosa mesnada de don Juan Manuel, los concejos del Obispado de Jaén y numerosos caballeros de calidad con sus gentes de guerra, de tal manera que si hubiese ataque desde el exterior, por parte del ejército de socorro, pudiesen todas estas fuerzas escogidas hacerle frente, mientras los concejos puestos en posición mantenían el cerco puesto a la plaza. Este cerco quedó cerrado, por la parte de tierra a finales de marzo de 1343, es decir, a los ocho meses de haber llegado el rey don Alfonso XI ante Algeciras.

Posteriormente hubo disminución en las fuerzas del cerco, pues en abril de 1343 el rey tuvo necesidad de enviar a la frontera, hacia Ecija, Carmona y Marchena, importantes efectivos para prevenir las posibles razzias del rey de Granada, Yusuf I. El monarca granadino sabía que la frontera estaba poco guarnecida por haber llevado de ella a Algeciras a casi todos los hombres posibles combatientes. El rey de Castilla envió hacia el sector amenazado a don Alfonso de Alburquerque con el Pendón y vasallos del infante don Pedro, una de sus fuerzas de maniobra, y a los caballeros de Calatrava y de Alcántara, así como a varios ricos hombres con sus mesnadas. No regresarían estas fuerzas hasta junio de 1343, al ser llamados cuando se supo que el rey de Granada estaba con su hueste acampado a la desembocadura del Guadiaro, a cinco leguas del real cristiano de Algeciras.

En el mes de mayo llegaron al real del rey numerosos caballeros franceses y alemanes que venían a hacer la guerra a los moros. En junio llegó el rey de Navarra. En mayo también habían llegado dos condes ingleses, el de Derby y el de Solusber. En junio llegaron el conde de Foix y el vizconde de Castielbon. Traían sus correspondientes caballeros gascones. Además de refuerzo de material. Su venida suponía una gran ayuda moral por el efecto de cruzada que su presencia daba a la campaña.

Ya dijimos que a lo largo de todos los meses que iban transcurriendo menudeaban los combates. El sector del fonsario era en el que se sucedían las salidas de los sitiados, por poder hacerlas a cubierto —por el fonsario mismo— y por estar allí las fuerzas cristianas más alejadas del grueso de su ejército. Por otra parte, en aquel sector era donde más obras hacían los sitiadores y donde emplazaron los trabucos y otros engeños. Cada nueva operación de éstas era contestada por una vigorosa salida. En los otros sectores norte y oeste los combates se producían principalmente provocados por los cristianos, incitando a los moros a salir a batir a un corto destacamento que les desafiaba y en la su retirada (simulada huida) les llevaba a una celada. Se originaba así una huida de los moros, se sucedía un refuerzo, una vuelta a hacer frente; otra retirada cristiana que los llevaba a otra celada... Podemos denominar al sistema «de las celadas múltiples». Sin embargo, en el mes de agosto se produjo un gran combate, con características diferentes a las dichas, con grandes pérdidas para los moros; castigando su actitud de provocación que había llegado a un ele-

vado grado al saberse apoyados por la cercanía de un ejército de socorro, ya acampado junto a Gibraltar. Desde lo alto de la muralla los sitiados lanzaban sobre los cristianos toda clase de insultos y denuestos.

El gran combate, o pequeña batalla, pues de hecho fue un conjunto de sangrientos combates, se produjo de modo diferente al habido en otras ocasiones. Los combates tuvieron lugar frente a las puertas de Tarifa (Villa Nueva) —parece ser que es la que llama la Crónica «de Jerez y de Tarifa»—, ya que a los caminos de ambas ciudades atendía la puerta de Jerez de la Villa Vieja y la puerta de Tarifa de la misma. En la puerta «del fonsario», de la susodicha villa, hubo también un duro combate, aunque por ella no hubiese salida, pues el rey dispuso un ataque a ella simultáneo con el desarrollo de los combates habidos frente a las puertas anteriormente citadas, reñidos por los de las salidas con las fuerzas cristianas que constituían las correspondientes celadas establecidas por orden del rey.

Las fuerzas de las salidas fueron derrotadas con numerosas pérdidas por parte de los moros, entre ellas la de un capitán hermano del alcaide de la Villa Vieja.

La puerta de Jerez casi fue tomada por los cristianos, pero los moros la cerraron a tiempo, dejando a muchos de ellos fuera, que se retiraron sobre la Villa Nueva, siendo derrotados en el puente que había en el camino que conduce a ella. Junto a la puerta de Tarifa, de la Villa Vieja, hubo otro combate con los moros en retirada, con una nueva derrota para ellos. Las fuerzas cristianas que atacaron por el fonsario llegaron a «un postigo que los moros y tenían, por do salían a las peleas; sacaronle de su logar y se lo llevaron» (33). La derrota, pues, de los de Algeciras fue completa.

Metidos los moros en la plaza rompieron el fuego sobre los nuestros con los truenos y les lanzaron «muy grandes pellas de fierro» y también una verdadera nube de saetas. El rey ordenó la retirada. Fue tan grande el quebranto de los moros que de no ser por la presencia del cercano ejército de socorro granadino-marroquí, don Alfonso habría seguido su acción con un ataque en fuerza a la plaza.

ASPECTOS MARÍTIMOS DEL SITIO

El bloqueo naval, cerrado, inherente al asedio de la plaza naval de Algeciras lo efectuaban zabras y leños a ello directamente dedicados, con el complemento y protección de las fuerzas de la flota: 50 galeras de

(33) La Crónica, como se ve, dice: «postigo», pero hemos de aclarar que en España se le daba ese nombre a la poterna hasta que se introdujo este vocablo, francés en su origen. Esto nos afirma en la idea de que la «puerta» del «fonsario», nombrada varias veces como tal, era, en realidad, una poterna que daba salida al foso existente en este lado de la Villa Vieja.



Dos caballeros de Castilla de la época de la conquista de Algeciras. Del *Libro de los caballeros de Santiago*, de la Cofradía de San Pedro y Santiago, de Burgos, 1338. (Los adornos son propios de justa o de torneo.)



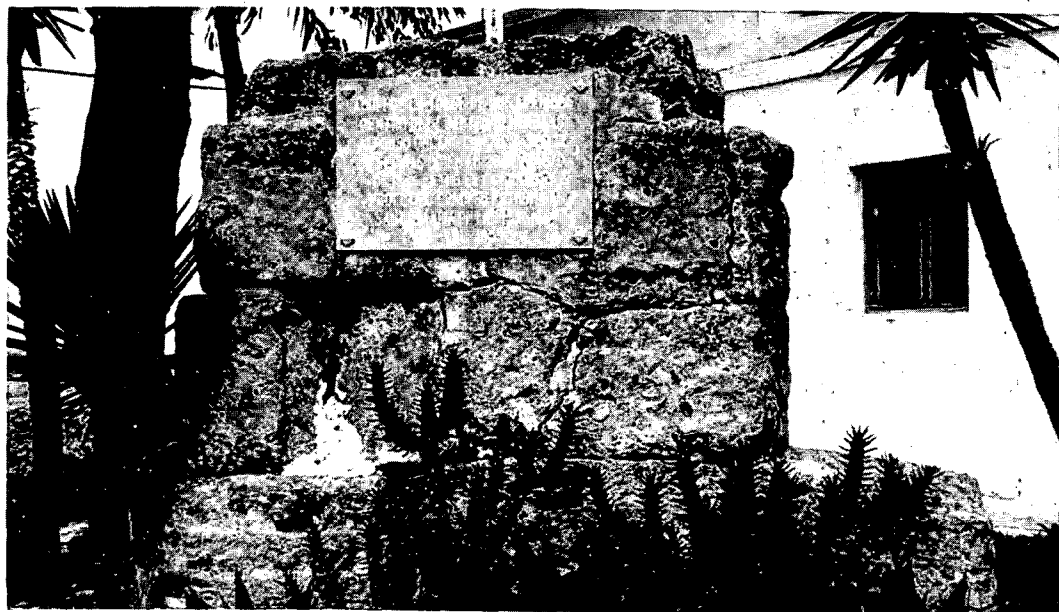
Una galeota y dos naves, una de ellas de gran desplazamiento, semejantes a las que formaban la flota cristiana en las campañas por el dominio del Estrecho en el siglo XIV. (Acuarelas de Monleón, Museo Naval.)



Rey moro de Granada, uno de los que están representados en la bóveda de la sala llamada de los reyes o de la justicia del palacio de Mohamed V (hijo de Yusuf I, monarca cuando la toma de Algeciras), en la Alhambra de Granada.



El rey don Alfonso XI de Castilla, según acuarela obtenida de una de las estatuas que hubo en el gran salón del Alcázar de Segovia. (Acuarelas de Avrial, 1844.)



Ruinas de la torre de los Adalides. Junto a ella estableció Alfonso XI su primer real cuando inició el ataque a Algeciras en 1342.

Castilla y genovesas, 40 naves castellanas y 10 galeras, inicialmente, que fueron después 20 de Aragón.

En principio, el fondeadero habitual de los buques de combate y de los mercantes que aprovisionaban a la hueste, fue frente a una torre de las de guarda de la costa, que desde entonces, por alojarse en ella el almirante, tomó ese nombre (34). Conforme se varió el despliegue de los campamentos y hubo fuerzas en el frente sur de la ciudad, hubo también barcos de ese lado pasando a ese sector los buques castellanos y genoveses, quedando los de Aragón (todos galeras) en el fondeadero del norte. Como podría suceder que los buques de combate tuviesen que ausentarse del cerco propiamente dicho, por tener que buscar a las fuerzas navales del enemigo, para batirlas, dispuso el rey se estableciese un barraje «desde el real dó pasaba el almirante de Aragón» hasta la isla (Isla Verde), formado por pinos, amarrados uno a otro, por los extremos, con cadenas. Este barraje no impedía por completo el paso a la ciudad, pues los buques que mandaban los moros para su aprovisionamiento pasaban por el sur, donde no había barraje. No entraban muchos, pero alguno se sabe que pasó. En marzo de 1343 un fortísimo temporal rompió el barraje, al partirse las cadenas. Los pinos fueron arrojados contra la costa ocupada por los sitiados y éstos experimentaron gran alegría por la rotura del barraje y por poder disponer así de madera, de la que estaban muy necesitados. Ese gran temporal también puso en peligro la flota que era numerosa, pues a los buques de combate había que añadir los que transportaban por mar bastimentos y pertrechos para los cristianos, ya que era el mejor modo de hacerlo especialmente a larga distancia. Fueron echadas contra tierra en el sector norte dos galeras aragonesas, cerca de los muros de la Villa Nueva. Los moros salieron para apoderarse de ellas, pero, tras larga pelea quedaron en poder de los cristianos, si bien varadas. Después habrían de servir como reductos en tierra al extremo de la línea que establecieron los sitiadores por ese lado. En la zona sur también fue echada a tierra una galera castellana, pero al quedar más lejos de la ciudad no hubo tanta dificultad en conservarla. También sirvió después de baluarte en el flanco de la línea en ese sector del fonsario.

Y volviendo a los barrajes: Ya era enero de 1344 cuando el rey ordenó perfeccionar el cerco por mar, en el sector norte, que se estableció ahora con toneles atados entre dos maromas muy gruesas, en sustitución del anterior barraje (el de los pinos), habían logrado entrar en Algeciras tres embarcaciones, zabras y saetías, cargadas de víveres. Don Alfonso insistió en que se cerrase el paso por la parte sur con un barraje de toneles como el de la parte norte, cerrando desde la Isla Verde al extremo de la línea del fonsario. Para mejor mantenerle se fondearon piedras de molino

(34) En las flotas de la Edad Media era costumbre que el almirante no estuviese constantemente embarcado en uno de sus buques, como habría de ocurrir después. Esto hasta llegar más modernos tiempos en que los almirantes tienen un cuartel general en tierra y embarcan cuando lo desean o cuando ello es necesario para mandar, a flote, las operaciones navales de las fuerzas de su mando.

horadadas en su centro y en esos huecos se encajaron mástiles que quedaban así verticales. A ellos se amarraron los cabos entre los que estaban amarrados, a su vez, los toneles.

De este modo, un marino moro llamado Micrés, habitual forzador del bloqueo, tuvo que declararse, ante el rey Abul Hassan, incapaz de hacerlo en lo sucesivo. El 24 de febrero de 1344, antes de que se hubiese terminado el barraje, ya había introducido en Algeciras cinco embarcaciones cargadas de víveres y pólvora.

Mar afuera se hicieron numerosas presas por parte de los cristianos. En cierta ocasión una de sus galeras, estando de noche en la guarda, vio venir dos embarcaciones moras pequeñas que partían del real de los moros. Pudo apresar una de ellas en la que iban cartas del rey de Granada al de Marruecos pidiéndole que le enviase refuerzos, que ya llevaba cuatro meses fuera de Granada y que «estaba en hueste contra los cristianos». La otra embarcación logró huir entre las tinieblas de la noche. Al parecer llevaba también cartas dirigidas en el mismo sentido de petición de socorro: el rey de Granada las mandaba, pues, por partida doble para más asegurarse la llegada a su destino.

El rey don Alfonso tomaba mucho interés por las cosas de la mar. Sabía perfectamente lo que suponía lo que hoy llamaríamos su dominio. Para asegurarse de que el bloqueo se mantenía con todo rigor, fueron numerosas las noches que pasó embarcado en una galera recorriendo el despliegue naval.

Había que vigilar mucha longitud de costa, puede decirse que hasta Almería, y la costa de enfrente, «de allende el mar», era también toda de los moros. Se apesaron tres galeras y otras muchas embarcaciones con carga diversa. Cerca de Almuñécar hubo un combate naval contra ocho galeras de los moros; éstos se retiraron después de hacerles a los nuestros sensibles bajas y al ser perseguidas se metieron en un puerto (en los manuscritos no se entiende el nombre) de entrada tan estrecha que tan sólo podían entrar las galeras de una en una. Se trajeron piedras y se bloqueó la entrada de tal modo que no pudo ser salida para los enemigos que a la larga hubieron de trasladar sus galeras por tierra y desarmadas hasta otro punto de más fácil salida.

OTRAS OPERACIONES NAVALES

En el mes de septiembre de 1343 las fuerzas exploradoras que se mantenían en la mar, puede decirse que con todo tiempo por duro que fuese, observaron frente a Ceuta una gran concentración de buques. Salíó una de las galeras a dar aviso al almirante, ya cuando las de los moros se ponían en movimiento, pegadas a la costa hacía el puerto de Tizigues (Tiguissas). El resto de nuestras galeras siguió al convoy de los enemigos a cierta distancia, pues las fuerzas de protección eran muy superiores. Ya antes el rey había ordenado al almirante que reforzase a la fuerza de ob-

servación, con 10 galeras. Al llegar éstas se unieron a las nueve que quedaban después de enviada la de aviso. Llegaron frente a Tiguisas cuando ya se ponía el sol y los moros creyeron que habían de habérselas con toda la flota cristiana, con lo cual se arrimaron a tierra cuanto más les fue posible y no hicieron frente a nuestras galeras.

Por la noche hubo una gran tormenta que produjo a los moros la pérdida de 20 galeras, por abordajes de unas con otras y por varada en la costa que era peñascosa. Los cristianos encontraron muchos restos flotantes, pedazos de naves, así como cadáveres de hombres y de caballos. Nuestras galeras se mantuvieron en observación, deseosas de combatir contra los enemigos, pero éstos eran de mucha mayor fuerza.

Los moros tampoco se manifestaron decididos a luchar. Su misión era hacer pasar tropas a la península. Se fueron retirando hacia levante, siempre pegados a la costa hasta la ensenada de Bedís (Vélez), que centra casi el peñón de dicho nombre (Vélez de la Gomera).

El rey don Alfonso, mientras transcurrían todos estos acontecimientos, había reunido su consejo de guerra con el almirante y los capitanes de las naves y decidido enviar a combatir a los enemigos la casi totalidad de la flota; las galeras que quedaban y 30 naves. Esta fuerza encontró que los moros en Tiguisas trataban de salvar algunas galeras de las lanzadas contra la costa y los ahuyentaron y pusieron fuego a las galeras, que eran cinco. Siguieron para Vélez, dispuestos al combate, pero saltó una fortísima tormenta, un muy fuerte temporal que les hizo ponerse a correrlo, ya que la violencia del viento no permitía aguantarse allí en mar abierta. Hubo naves y galeras que corriendo el temporal llegaron a Cartagena y otras hasta Valencia. Algunas naves fueron salvadas por las galeras que las tomaron a remolque. El almirante reunió todo lo que pudo de la dispersa flota y volvió con ella a Algeciras.

La flota de los moros, con su convoy de tropas, salió de Vélez no bien amainó el tiempo y, navegando hacia la costa malagueña, tomó el puerto de Estepona. Las tropas siguieron por tierra hacia Gibraltar, al campamento instalado por el rey de Granada cerca de la desembocadura del Guadarranque, al este de ella. Los buques siguieron a tomar el puerto de Gibraltar y el fondeadero cercano al campamento. Si hubiesen tratado de entrar en Algeciras puede ser que lo hubiesen conseguido, aprovisionando la plaza, pero no lo hicieron, ya que estaba determinado por parte de los moros que su flota pasase a guardar el flanco marítimo del propio ejército. Entraron los barcos en Gibraltar el día 3 de octubre de 1343.

Durante la ausencia de la flota hubo dificultades para aprovisionar la torre de Qartāyanna, tan cercana al campo de los moros, ya que estaba a la orilla izquierda de la desembocadura del Guadarranque. Por la ausencia de los buques hubo de ser aprovisionada solamente por tierra, con muchas fuerzas, para ahuyentar a los moros que guardaban los pasos del río, como en efecto lo hicieron; pero, al regreso, no tuvieron en cuenta que el vado estaba alto por la creciente de la mar, y con la oscuridad de la noche se salieron algunos de él, ahogándose; entre ellos, el maestre de Alcántara

don Nuño Chamizo y algunos de sus caballeros y Fernán González, señor de Aguilar. Se puso de manifiesto lo absurdo que era mantener aquel puesto avanzado y el rey ordenó su abandono.

Siempre diligente, queriendo reconocer por sí el real de los moros junto al Guadarranque, embarcó en una galera y con alguna escolta de otras, ya que cerca del campamento las había enemigas, se acercó lo suficiente para bien observarle. Precisamente en ese día llegaba al real moro el infante Alí, hijo del rey Abul Hassán, que había pasado el Estrecho con numerosa caballería. Se pudieron apreciar en el real, así como unos 12.000 jinetes.

Don Alfonso volvió a su real frente a Algeciras. Fueron llegando algunas naves y galeras de las que el temporal había dispersado y se fue reorganizando la flota de los cristianos. Concediendo gran importancia el rey al poder combativo de sus buques reforzó la gente de guerra en ellos, embarcando fracciones de fuerza de la hueste, de las mejores. Tanto más hay que hacer notar esta medida tan en beneficio de la eficacia de la flota cuanto que también necesitaba esas fuerzas en tierra, ya que se hacía inminente una batalla contra el ejército de socorro de los moros; más inminente ahora con la presencia del infante Alí y su importante masa de caballería. Decimos «masa» por su cantidad no porque fuesen a emplearla en tal forma contraria a su táctica.

Y un grave incidente se produjo al manifestar el almirante Bocanegra que tenía que regresar a Génova, ya que se les debían las pagas de cuatro meses a todos los componentes de su escuadra (35).

El rey, consciente de lo necesaria que era aquella fuerza naval y su almirante, que había sido nombrado almirante mayor de Castilla, reunió cuanto pudo para pagar a los genoveses, empleando todos sus efectos de plata, consiguiendo la ayuda de los ricos hombres y prelados que dieron también los suyos, y cuanto medio monetario se logró reunir. Así se consiguió la permanencia de los genoveses y se hizo muy efectivo el bloqueo naval, pero no sólo se necesitaban las fuerzas navales para mantenerlo, sino que se esperaba un gran choque de las dos flotas adversarias al tiempo que se producía el de los ejércitos, manteniéndose aquéllas guardando el flanco marítimo de éstos. Para anular la acción de la flota enemiga, el rey idearía el atacarla e incendiarla en su fondeadero.

(35) Los genoveses, en aquella época, eran los mercenarios del mar. El Rey Don Alfonso XI, cuando decidió traerlos, tanto pensó en la ventaja de tenerlos a su lado como en la que suponía el que estuviesen al lado de los enemigos. Tenía bien presente —enseñanzas de la Historia— que cuando cercó Algeciras el Infante Don Pedro, en tiempos de su bisabuelo Don Alfonso X, tuvo que ser levantado el cerco por la ayuda que a los moros prestaron precisamente los genoveses, contratados por el Rey de Marruecos.

ACONTECIMIENTOS DE IMPORTANCIA

Antes de pasar de nuevo a hablar de combates que, en campo abierto y navales provocarían la rendición de la plaza, vamos a consignar algunos acontecimientos notables del sitio. Después tomaremos de nuevo el «hilo operativo»:

En febrero de 1343 vinieron al real emisarios del rey de Granada para pedir al de Castilla el levantamiento del sitio a cambio de una compensación monetaria por los gastos efectuados y de declararse su súbdito.

En marzo llegaron noticias de entrada de los moros por tierras de cristianos, por Málaga y Ronda, pero que habían sido vencidos y rechazados.

El rey don Alfonso no se daba descanso; andaba siempre armado y recorría todo. Con frecuencia embarcaba y de noche inspeccionaba el bloqueo marítimo.

En abril de 1343 se envían fuerzas a la frontera para guardar las cosechas:

A principios de mayo llegó al real Ruy Pavón, el agente enviado a tierra de moros, y comunicó que desde el día primero del mes estaba el ejército del rey de Granada acampado junto a la desembocadura del Guadiaro, a cinco leguas del real Algeciras.

Llegaron al real de Alfonso XI otro grupo importante de caballeros franceses y alemanes. La fama del rey de Castilla se extendía por Europa, así como la importancia de la campaña de Algeciras, y venían numerosos caballeros extranjeros a esta cruzada emprendida por don Alfonso Onceno.

El rey alarga los tratos de paz con los moros sin comprometerse en nada.

Llegan a la cerca don Gastón de Boarte, conde de Foix, y su hermano Róger Bernal, vizconde de Castielbon (habían de causar conflictos) (36).

En el mes de julio se reconoce, por mar, el campamento enemigo del Guadiaro, así como los vados del río. Se considera a éstos fáciles de defender y muy fuerte la posición enemiga, en un otero

(36) Este conde de Foix, y su hermano que le seguía, estuvieron siempre poco propicios a servir «non servían bien al Rey», dice la Crónica. En alguna ocasión, el primero se quejaba de su salud. Puede ser que hubiese algo de verdad, pues cuando se marchó del cerco, en el mes de agosto, murió en Sevilla. Pero desobedeció y «rehuyó la pelea», y se apresuró, en cambio, a pedir sueldo para él y los suyos, cuando aun llevaba muy poco tiempo. «Los otros condes et caballeros tovieron que el conde de Fox ficiera muy grand descortesia...» Se fue, y con él su hermano y sus hombres, cuando era inminente la batalla campal con el ejército de socorro, moro.

alto y tajado. Decide el rey no ir a batirles, tan lejos, a riesgo de malograr el sitio de Algeciras.

En este mismo mes de julio llegó al real de don Alfonso el rey de Navarra, don Felipe Evreux, con varios ilustres caballeros y una corta mesnada de cien hombres de caballo y trescientos de pie. Se le da escolta desde Jerez.

También en julio se produce un incendio en el real, produciéndose grandes pérdidas de las reservas de viandas que se tenían, así como de mercaderías. El rey pone de manifiesto, una vez más, su brío dirigiendo personalmente la extinción del fuego.

Da instrucciones don Alfonso a los condes extranjeros que no tomen iniciativas por su cuenta, sino que obren «con su acuerdo», por desconocer esta clase de guerra con los moros (37).

Corría el mes de julio y el rey de Granada, mientras le llegan los refuerzos de Marruecos, envía de nuevo emisarios al de Castilla a ver si puede «descercar Algeciras por pleitesías». La gran victoria del Salado ejercía enorme influencia en el ánimo del monarca granadino; quería hacer cuanto le fuese posible por evitar una nueva batalla en campo abierto (38). Los emisarios no consiguen rebaja alguna en las condiciones pedidas anteriormente por don Alfonso. Visitan el real de los cristianos y se quedan profundamente impresionados de su organización, de las fuerzas de que disponen sus enemigos; y les impresiona mucho la visita a la parte del real ocupada por los condes y caballeros extranjeros (39).

No había aún terminado el mes de agosto cuando se traslada el campo del rey Yusuf de Granada a las inmediaciones de Gibraltar, cerca de la desembocadura del río Guadarranque, ya con fuerzas africanas mandadas por Askar.

(37) Los condes ingleses de Derby y de Soluber se portaron realmente bien; en los tres meses que permanecieron en la hueste del Rey de Castilla estuvieron siempre dispuestos a combatir y en alguna ocasión más que lo que Don Alfonso deseaba, como fue en el combate que hubo entre villas, en agosto, en que todos los condes extranjeros hubieron de ser socorridos al haber provocado el combate por propia iniciativa. Estos condes ingleses participaron también en una expedición marítima, en vigilancia, de Ceuta. Partieron en el mes de agosto, mandados llamar por el Rey de Inglaterra, quedando «mucho amigos» del de Castilla.

(38) En un mensaje decía el Rey de Granada al de Marruecos: «que bien sabía él que ámos a dos con todo su poder estodieran en el campo cerca de Tarifa contra este Rey, et que tenían consigo mas que cincuenta mill caballeros, et seiscientas veces mill omes de pie, et que este Rey de Castiella que viniera pelear con ellos, et que con todas aquellas compañías non lo podieran sofrir ámos a dos»...

(39) «... Llegaron a do posaban los Condes et las gentes de fuera del regno, et todos tenían los yelmos puestos a las puertas de las casas»... Los había de muchas figuras: «uno avía figura de león, et otro figura de volpeja, et otro figura de lobo, et otro figura de cabeza de asno, et otro de buey, et otro de perro, et de otras muchas animalías, et algunos avía figura de cabezas de omes con sus rostros et sus cabellos et sus barbas... Semejaban seres vivos; et algunos yelmos avía y que tenían alas de águilas, et otros tenían cuervos...» Novedades europeas usadas para amedrentar a los contrincantes. Había unos 600 yelmos de esta clase.

COMBATES CONTRA EL EJÉRCITO DE SOCORRO

Constituyen lo que podíamos denominar «la batalla de entre ríos», ya que se libran en el terreno comprendido entre el Palmones y el Guadarranque. Empieza el mes de septiembre de 1343, ya antes de haber sido reforzado totalmente los moros granadinos, pero en principio son tan sólo escaramuzas, pues los moros acercan sus patrullas al Palmones y se empieza por tender a éstas una celada. El rey de Castilla concertó la táctica a seguir con el rey de Navarra. Este al fin no pudo salir por estar enfermo (40). Quedaron bien guarnecidas las cavas y las bastidas del cerco y salió don Alfonso con las fuerzas de maniobra y con ellas estableció la celada, manteniéndose él con alguna reserva, en un punto que se llamó «celada vieja», situado cerca de «la cabeza de la atalaya». Un confidente avisó a los moros y éstos no cayeron en la celada. Los cristianos se mantuvieron en posición desde la media noche hasta el medio día del día siguiente y al ver fracasada la salida el rey dio orden de volver al real frente a Algeciras.

Pasados unos días se salió de nuevo a provocar, esta vez, a los enemigos, cerca del Guadarranque, es decir, cerca de su campamento. Los dos reyes de Castilla y de Navarra llevaban unos cuatro mil caballos. Se adelantaron don Pedro Ponce y los del concejo de Sevilla, con orden de no pelear hasta que los moros que guardaban los vados recibiesen refuerzos de su real. Estos moros también vigilaban la torre de «Qartāyanna», que aún en esta fecha mantenían los cristianos en su poder. Tenía aquella fuerza avanzada la misión de atraer a los moros hasta el grueso de los cristianos. Todo parecía que iba encaminado al éxito, pero los caballeros franceses que iban con el rey de Navarra salieron antes de tiempo y los moros vieron que se trataba de una celada, con lo que fracasó. «Son omes muy sabidores de la guerra», comenta la Crónica. Y sigue manifestando cuán expeditivo fue el rey: «fué a los franceses —dice— por los tornar, et non pudo fasta que mató a uno dellos».

Al volverse los enemigos para su campo, don Alfonso ordenó la retirada de los cristianos.

Desde que el infante Alí llegó a Marruecos con refuerzos, a principios de octubre, ya los moros mandaban a diario unos quinientos o seiscientos jinetes hasta los vados del Palmones. Corría ya noviembre cuando un día se acercaron a dicho río el rey de Granada y el infante Alí con gran fuerza. Ello, observado por las atalayas, dieron éstas pronto aviso y las campanas existentes en el campo, para estos casos repicaron la alarma general. El rey tenía establecido, ya de antemano, su plan, dividida su fuerza de maniobra en tres partes: Una para dirigirse directamente a los vados del Palmones, en la llanura; otro que habría de dirigirse por la

(40) Más adelante se agravó y hubo de abandonar el cerco a finales de septiembre. De vuelta a su reino murió en Jerez de la Frontera. En la capilla de Santa María la Real se enterraron sus entrañas.

izquierda a tomar altura en las colinas bajo las cuales también había un vado para evitar que los moros envolviesen por ese lado y procurar envolverles ellos, y otro a las órdenes directas de don Alfonso que se mantendría en reserva para acudir, todo o en parte, a donde fuese necesario. Con él estaba don Juan Manuel.

Los moros se presentaron divididos en cinco «haces» o grupos de combate. Tan sólo uno de ellos pasó el río. El rey ordenó a todos estar quietos hasta que pasasen otros grupos enemigos para atacarles cuando hubiese mayor número y tener ellos el río por la espalda. Todos quedaron a la expectativa hasta las tres de la tarde (hora de nona) cuando a esta hora el grupo de combate enemigo que había pasado el río empezó a retirarse, algunos caballeros del grupo del rey por su propia iniciativa dieron una espolonada sobre los que se retiraban, pero éstos se volvieron y fueron reforzados por otro grupo que pasó entonces el río. Los caballeros del rey, atacantes, se vieron en situación crítica, pero fue resuelta por la intervención de la fuerza de la vanguardia (la que estaba cercana a los vados) mandada por don Juan Núñez de Lara, señor de Vizcaya; pero sin pasar el río en la persecución, pues así lo había ordenado don Alfonso para evitar que cayesen en la celada de ser atacados por todos los grupos enemigos al otro lado del río. Sospechaba de esta maniobra al no haber pasado el río ni el rey de Granada ni el infante de Marruecos. Como se acercaba el rey de Castilla con su grupo, los moros se retiraron hacia su campo. En este combate los moros tuvieron numerosas bajas. Los cristianos volvieron a su real cuando ya era de noche.

Don Alfonso sabía que en la batalla que se avecinaba en el campo comprendido entre los dos ríos Palmonés y Guadarranque la flota de los moros habría de apoyar el flanco izquierdo de su hueste. Los moros tenían galeras de poco calado y ello les permitía acercarse mucho a tierra (ya hemos visto en ellos esa táctica). El rey de Castilla daba mucha importancia a todo lo referente a la mar. Había reforzado las dotaciones de sus galeras y naves, aun a costa de disminuir la hueste, pues pensaba que si las galeras enemigas se abrían paso y aprovisionaban la plaza de Algeciras se vendrían abajo todos sus proyectos, y sus sacrificios habrían sido inútiles. Ahora pensó destruir la flota enemiga atacándola en su fondeadero de Gibraltar e incendiándola.

Aprovechó para ello uno de esos días de noviembre en que soplaba un viento de poniente, fresco, que era el favorable para la operación. Impulsado por él lanzó sobre los barcos enemigos unas embarcaciones cargadas de madera y otros combustibles, ardiendo. Para evitar el auxilio que se les pudiese dar a aquéllos desde tierra, don Alfonso ordenó una demostración de la hueste, sobre los ríos, pero los moros no acudieron al señuelo.

El rey de Castilla, siempre valeroso y diligente, acudió a la expedición marítima embarcado en una galera. Los moros reaccionaron prontamente: pusieron sus barcos lo más cerca de tierra que pudieron y los cubrieron con mantas empapadas de agua y las echaban agua constante-

mente. Destacaron pequeñas embarcaciones con hombres armados de pértigas para aguantar y separar las embarcaciones incendiarias. Mientras se llevaba a cabo la tentativa del incendio se desarrolló un duro combate. Los moros embarcados eran apoyados desde tierra, desde donde se lanzaban saetas sin cuento sobre las galeras cristianas que se acercaban a tiro. El rey se multiplicaba animando a todos. Por fortuna no quedó varada ninguna galera de los cristianos. Duró la acción hasta la noche, sin que los nuestros consiguiesen su objetivo. Cuando se retiraron las galeras a Algeciras, se retiraron los de la hueste, de los puestos avanzados que habían alcanzado cerca del Guadarranque.

En los primeros días de diciembre hubo otro ataque del ejército musulmán de socorro. Llegaron sobre el Palmones, dispusieron sus haces, y por su flanco izquierdo trajeron treinta galeras muy pegadas a tierra (puede decirse que su táctica era muy costanera, se aprovechaban del poco calado de aquéllas).

Reaccionaron los cristianos, en principio de modo análogo a como lo hicieron en la circunstancia anterior. Esta vez los moros mandaron uno de sus haces, que eran también cinco, contra los que ocupaban las alturas, pasando un vado que de aquel lado había. Otra de las haces pasó la de la llanura frente a donde estaban los de la vanguardia o delantera. El rey mantenía la reserva, como en la anterior ocasión. Ordenó que nadie avanzase, pues las posiciones que ocupaban los nuestros eran ventajosas y que se esperase a que todos los grupos de combate enemigos pasasen el río y, por tanto, lo tuviesen a su espalda, ya que fuera de los vados tenían los hombres peligro de ahogarse cuando se retirasen precipitadamente. También ordenó el rey al almirante que no atacase a las galeras enemigas, que estaban muy cerca de tierra.

Las haces de los moros que no habían pasado el río en un principio no lo pasaron y no hubo, pues, tampoco, combate en tierra. No cabe duda que pesaba sobre sus ánimos la gran derrota del Salado. Sus fuerzas eran superiores en número, pero no iban al combate; tan sólo lo arrastraban metiendo a los cristianos en celada, para que luchasen éstos «en peoría», esto es, en inferioridad de condiciones en todos los terrenos.

En la mar sí hubo, a lo último, combate ese día, pues, al fin, el rey ordenó al almirante que con 30 galeras persiguiese a las galeras moras que se retiraban a su fondeadero cercano a Gibraltar. Las alcanzaron, pero no pudieron aferrarse con ellas, siempre por la táctica de los moros de pegarse a tierra, pero les lanzaron muchas saetas y ellos contestaron convenientemente. En esto quedó todo, pues al llegar a la cercanía de donde estaba el grueso de la flota de los moros hubieron las nuestras de retirarse.

Al fin llegó la derrota del ejército de socorro de los moros. Fue el 12 de diciembre, víspera de Santa Lucía (se registra con devoción cristiana) (41).

(41) El sentir religioso de la época hacía siempre relacionar todo hecho notable con el santo, cuya festividad se celebraba en el día de su suceso.

Sucedió este día que las embarcaciones que estaban en la guarda del bloqueo del puerto se acercaron mucho a las murallas y desde éstas, desde los adarves, les tiraron muchas saetas y también se les dispararon pellas de hierro con los truenos; combate éste de mucho ruido que alarmó a todos, llegando a creerse los de la plaza que se trataba de un ataque por mar, creyendo además que sería seguido por un ataque por tierra. Con estas figuraciones hicieron grandes ahumadas desde la torre de la mezquita.

Los moros del real de Gibraltar creyeron que, en efecto, se «combatía» la ciudad (combatía se dice en el sentido de asaltarla). Vieron el momento oportuno para un ataque a los cristianos que tendrían empleadas sus fuerzas en el supuesto asalto. Con esto el rey de Granada y el infante Alí de Marruecos se movieron con todas sus fuerzas sobre el río Palmones.

El rey don Alfonso, que estaba cerca de la torre de los adalides, buen observatorio, con muy poca fuerza, vio venir a los enemigos con todo su poder, y ordenó pronto la alarma y la salida de su hueste de maniobra dividida en la forma que tenía prevista. Del lado de las alturas fueron los Pendones y vasallos de don Fernando de Aragón y de don Fernando, hijo del rey, y los caballeros de las órdenes de Calatrava y de Alcántara, y por la llanura envió el rey a don Juan Núñez con la delantera o vanguardia, pero ésta muy reforzada. Don Alfonso fue detrás con mucho menos gente, si bien de calidad, con muy buenos caballos.

El rey de Granada, con su hueste, fue contra los de las alturas, que delante de ellos tenían un vado. El infante de Marruecos con la suya, se dirigió, por la llanura, a buscar el vado que defendía don Juan Núñez. Los moros de ambas huestes pasaron los vados no pudiéndoselo impedir las fuerzas que los guardaban, pero el rey envió rápidamente refuerzos a los de las alturas, con don Juan Alfonso de Alburquerque con el Pendón y vasallos del infante don Pedro, reforzando él personalmente la delantera de don Juan Núñez. En ambos lugares los cristianos, con gran ímpetu, cruzaron el río después de arrollar a los moros, que ya antes lo habían pasado en sentido inverso. Estos se retiraron y tomaron posiciones sobre tres puntos que fueron inmediatamente atacados por la caballería de los cristianos, emprendiendo los moros la retirada al ver que se acercaban también los de a pie, de los nuestros, muy numerosos por ir así muchos caballeros que se encontraban desmontados debido a la gran mortandad de caballos que se había experimentado en el real de los cristianos.

La retirada de los moros al ser combatidos con vigor, pronto se convirtió en huida, la de unos sobre Castellar, la de los más sobre Gibraltar. La persecución fue obstinada y sangrienta, haciéndosele a los enemigos muchos muertos y algunos prisioneros; y todo solamente con la caballería, pues los de a pie no alcanzaban a llegar por mucho esfuerzo que hacían. No obstante, su presencia influía, sin duda, en los moros que no estaban propicios a esperar y reñir la batalla. Fueron perseguidos hasta el Guadarranque, quedando el rey, con su grupo o «tropel» algo retrasado en una altura desde la que se avistaba el río. Llegó la noche y no se retiró de

allí hasta saber lo que había sido de los otros grupos perseguidores. Cuando supo su rotunda victoria se retiró sobre el río Palmones, con los de a pie, que ya le habían alcanzado. Hizo que éstos pasasen el río los primeros, y cuando llegaron los de caballo pasó él mismo. Llegó al real cuando ya mucho hacía que había sido la media noche (42).

Si el recuerdo del Salado había influido, rebajando el ardor combativo de los moros para llegar y reñir esta acción, el resultado de ella bajó aun más su moral. Ya no hizo nada notable este ejército de socorro, si bien su presencia cercana sí habría de influir, naturalmente, en las resoluciones del rey de Castilla con respecto a la plaza de Algeciras.

OTROS ACONTECIMIENTOS

Para completar el conocimiento del sitio de Algeciras, donde tantas cosas ocurrieron (43), debemos hacer una corta pausa en el relato de las acciones de guerra y presentar algunos acontecimientos dignos de ser mencionados:

En agosto llegaron al real los socorros monetarios enviados por el Papa y por el rey de Francia: 20.000 y 50.000 florines, respectivamente. Este dinero sirvió para pagar a los genoveses que, como se vio, amenazaban con marcharse.

En octubre tuvo lugar un incidente desagradable con los genoveses, pues uno de sus capitanes, sobrino del almirante Bocanegra, Valentín de Lorox, atacó a la galera que traía al rey de Granada, desde Marruecos, de donde venía de hablar con el rey Abul Hassán, y venía con salvoconducto o «seguridad» del rey don Alfonso de Castilla. Este quiso mandar a Yusuf la cabeza del susodicho capitán, pero éste no volvió nunca a las fuerzas de Algeciras (44).

En noviembre hubo en el real de los cristianos una gran escasez de víveres debido a los temporales y vientos contrarios que impidieron la llegada de los buques, ya que el real se aprovisionaba fundamentalmente por mar.

También en noviembre hubo una posible disminución de las fuerzas navales, ya que los aragoneses se quisieron marchar con sus 20

(42) Volvemos a encontrar en la Crónica el sentimiento religioso: «Et en todo este día el Rey non se desarmó, porque ayunaba la viespera de Sancta Lucía.»

(43) Lo recogió la Crónica: En la cerca de Algeciras «pasaron y muchas cosas... en cada mes pasaron tantos fechos, que en tiempo de algunos de otros Reyes non acaescieron tantas cosas en un año...»

(44) La galera que transportaba al Rey de Granada no pudo ser apresada por haberse defendido bravamente. Según opina el cronista el que quería apresarse la susodicha galera, personalmente, era el almirante y no pudo salir a hacerlo por haber embarcado en su galera capitana el Rey de Castilla que sospechaba que quería hacerlo y enviar los caudales que transportaba aquella a Génova.

galeras, por no recibir las pagas del rey de Aragón. El de Castilla los sostuvo pidiendo préstamos a mercaderes catalanes y genoveses y pudo pagarles de momento por dos meses.

Ya era enero de 1344, habían sido derrotadas las fuerzas del ejército de socorro y la plaza estaba en situación muy apurada, propicia casi a entregarse, cuando el rey don Alfonso, que solía salir de montería en momentos de calma para descansar de las grandes preocupaciones que embargaban su ánimo, se vio en grave peligro de ser muerto o apresado por un grupo de moros apostados al efecto. Un destacamento que le seguía intervino matando a ocho moros y apresando a dos.

Durante toda la primera mitad de febrero llovió copiosamente, con grave daño del real de los cristianos y mayor del de los moros, pues éstos no hacían casas y aun había muchos sin tiendas.

Se supo que en la plaza había disminuido mucho el número de posibles combatientes.

El rey se vio de nuevo en grave peligro en otra montería, un grupo de trescientos moros le mató un montero y apresó a varios. Todo por no batir el terreno el adalid Mosen Tufar, conforme se le había ordenado.

CAPITULACIONES. CONSEJO DE GUERRA. ENTREGA DE LA PLAZA DE ALGECIRAS

Visto por los moros que Algeciras no podía ya aprovisionarse por mar y que el ejército combinado musulmán no era capaz de vencer a los cristianos en campo abierto, el rey de Granada envió, una vez más, a don Alfonso emisarios para ofrecerle la plaza si dejaba salir de ella, libremente, a la guarnición y a los demás habitantes, con los bienes que pudiesen portar, y si suscribía una tregua con él y con el rey de Marruecos, de quince años. El, por su parte, se constituiría en vasallo del rey de Castilla y le daría 12.000 doblas de oro, al año, por parías. Don Alfonso quedó en contestar después que hubiese oído a su consejo. Esperaba los refuerzos que había mandado a pedir a las villas importantes de Andalucía y de Extremadura, y los ballesteros que pidió a Murcia, que habrían de venir por mar. No había descuidado el perfeccionamiento de las obras de sitio con nuevas cavas y bastidas.

En el consejo que reunió el rey de ricos omes y prelados hubo muy diferentes opiniones. Los más expeditivos votaban por conquistar la plaza al asalto, «descabezar» un gran número de moros, conseguir rescates de otros que se cautivasen y apoderarse de los bienes de todos. Otros, más sensatos, opinaban que si se atacaba la plaza por asalto, y durante él atacaba el ejército de socorro, no habría fuerzas suficientes que oponersele. Y que eso ocurriría, aunque hubiesen ya llegado los refuerzos pedidos. Otros aducían que el dilatar la ocupación de la plaza llevaba consigo peli-

gros, pues no se sabía si se podrían conservar las escuadras aliadas y la contratada de Génova. Algunos pensaban que los genoveses podrían incluso ser captados por los moros y que el barraje de bloqueo podía ser roto por un temporal. Muchos pensaban que nuevos combates llevarían consigo pérdidas humanas y que bastantes se habían tenido ya en el cerco. Y si se podía recibir la plaza sin todos estos males probables o al menos posibles era mejor acceder a la oferta y demanda de los moros y ocuparla presto. El rey vio que este camino era el mejor, pero rebajando la tregua propuesta a diez años en lugar de quince. Así se lo hizo saber a los moros.

El rey de Marruecos —suya era la plaza al ser rey de Algeciras su fallecido hijo Abu Malik— envió una carta a los de Algeciras ordenándoles la entregasen al rey de Castilla y de León (45).

Con los emisarios quedó convenido que la Villa Nueva sería entregada en seguida, pasando los habitantes y guarnición a la Villa Vieja. Así se hizo y ocuparon aquélla los cristianos, quedando como alcaide don Juan Manuel. Los moros desde la Villa Vieja fueron marchando a Gibraltar. El día 27 de marzo de 1344, víspera del Domingo de Ramos, entregaron la Villa Vieja. En ella entraron al siguiente día los cristianos en gran procesión, con ramos en las manos, festejando la religiosidad del día. Don Gil, arzobispo de Toledo, consagró la gran mezquita como iglesia de Cristo, poniéndole el rey el nombre de Santa María de la Palma. Se celebró solemne misa y don Alfonso se retiró al alcázar, donde se estableció con las gentes de su casa. Muchos ricos omes y prelados volvieron con sus fuerzas a los campamentos, dejando convenientemente guarnecida la plaza y guardada la persona del monarca.

Vinieron a ver al rey los moros más notables, entre ellos, Mahommad Ben al-Abbas, que era el gobernador de la plaza de Algeciras desde 1341; otro, Musad Abi Cuin y su hermano, jefe de la Caballería de la Plaza. Don Alfonso los acogió muy bien y les hizo algunos regalos, en signo de paz.

Quedó el rey de Castilla en Algeciras hasta después de pasada la Pascua de Resurrección y, al cabo, partió para Tarifa. Algeciras fue ocupada por los nuevos moradores que se le asignaron. Hecha la paz el contento era general; los cristianos visitaban el real de los moros y éstos el de aquéllos...

Para terminar este trabajo no encuentro palabras más apropiadas que las que emplea el manuscrito del Monasterio del Escorial para rubricar la exposición de esta campaña. No las encuentro mejores: «A Dios et a Sancta María demos gracias. Amén.»

(45) Estaba en Algeciras un hijo mozo de Abu Malik (recordemos que éste se titulaba Rey de Algeciras y de Ronda) (de Abul Hassan eran ahora, y Zahara, y Gibraltar, y Jimena, y Marbella, y Estepona, y Castellar). El joven se llamaba Amer Benieux, le llama la Crónica Rimada; Amer ben Aish? El Rey de Castilla quiso conocerle y agasajarle con caballeresca generosidad. Los moros principales aplaudieron el gesto, pero su ayo, considerando que Don Alfonso era un enemigo que desposeía al joven Infante, tomó a éste y, embarcándole en un pequeño barco, se lo llevó a Gibraltar.

APENDICE I

SEMBLANZA DEL REY DE CASTILLA Y DE LEÓN DON ALFONSO «EL ONCENO»

No se puede dejar de hablar algo más de este monarca cuando se presenta un trabajo sobre la toma de Algeciras; por ello, por sus grandes méritos, campea su estatua en la moderna ciudad de ese nombre. Rey «justiciero» para los más, con ribetes de cruel para algunos que no se sitúan bien —a mi modo de ver— en la época en que reinó. Don Alfonso es el héroe principal e indiscutible de aquella campaña.

Ya vimos cómo a temprana edad, «seyendo entrado en la edad de los quince», tomó por propio espíritu, espíritu de rey, el gobierno efectivo como tal. También apuntamos lo que tuvo que bregar con la Nobleza, especialmente con los muy principales señores, y cómo lo hizo. Fue lo suficientemente enérgico para mandar dar muerte a su muy rebelde tío don Juan «el Tuerto»; y como supo perdonar a don Juan Manuel y a don Juan de Lara, en beneficio del Reino; «buenos partidos —hizo— por atraerles a su servicio», dice el padre Mariana. Vimos, también, cómo supo hacer las paces, con honor, con antiguos rivales; portugueses, navarros, aragoneses y cuando fue necesario con los moros.

Hemos visto su tesón en reanudar la lucha por la Reconquista. La importancia que dio a dominar el Estrecho y para ello disponer de una flota y, al no tenerla suficientemente fuerte, como supo complementarla con naves aragonesas, portuguesas y de mercenarios genoveses.

Como siempre, al saber de un *hombre*, deseamos representárnoslo físicamente, y siendo tan poco fiables la iconografía existente la completaremos con las palabras de la Crónica: «Non (era) muy grande de cuerpo, mas de buen talente et de buena fuerza, et rubio, et blanco...» Refiriéndose a sus costumbres, dice: «Era bien acostumbrado en comer et bebía muy poco, et era muy apuesto en su vestir, et en otras costumbres avía buenas condiciones: ca la palabra dél era bien castellana et non dudaba en lo que avía de decir —ni hacer, podemos añadir—. Era de gran porridad et amaba a los que le servían, cada uno en su manera et fiaba bien et complidamente de los que avía de fiar». Y... sigamos con esa fuente que es la de mayor confianza: Pronto «comenzó a ser mucho escabalgante et pagóse de las armas, et placía le mucho aver en su casa omes de grand fuerza et que fuesen arditos et de buenas condiciones».

Fue muy dado a lo caballeresco y fundó la Orden de la Banda, distinta de las existentes en Castilla, al no tener ésta carácter religioso.

Fue muy amador de la belleza, cosa nada rara en los caballeros de su tiempo. Casado con una mujer, a la que no quería, por razón de Estado, le enloqueció la extraordinaria hermosura de doña Leonor de Guzmán. Con

ella tuvo muchos hijos y a todos quiso entrañablemente, si bien siempre consideró en el primer puesto, en dignidad, a su hijo legítimo el infante don Pedro, después el primero de este nombre de los monarcas de Castilla (46). ¿Puede disculparse un algo su pecado? Tenía un gran espíritu de Justicia: «Sentíase de grand daño et grand mal que era en la tierra por mengua de justicia, et avía muy mal talante contra los mal fechores.»

«Fué muy venturoso en las guerras», dice de él el cronista. Buen estratega y con visión táctica, sabe cómo tomar posiciones adecuadas, sabe cuándo estar a la defensiva y cuándo pasar a la ofensiva; así lo hemos visto en las operaciones sobre Algeciras venciendo al ejército enemigo, de socorro, manteniendo, sin embargo, un estrecho sitio a la plaza a la que tiene también sometida a un apretado bloqueo marítimo.

Mantiene a su ejército bajo su directo mando, lo mismo en tierra que en el corte de las comunicaciones, por mar, con Africa. En este empeño, las tempestades no le ayudaron, ciertamente.

Don Alfonso se entrega intensamente al servicio de las Armas, como auténtico general y buen capitán. Le vemos recorriendo constantemente todos los reales, las obras de sitio y, con frecuencia, embarcado en una galera, reconociendo el campamento enemigo, vigilando que el bloqueo sea eficaz y yendo embarcado a quemar la flota de los enemigos. Todo ello da más mérito si se considera que era un hombre no familiarizado, en modo alguno, con las cosas de la mar. Su actividad y valor suplían toda falta de preparación.

Bien sabían de su valor los moros; en varias ocasiones intentaron darle muerte y esta amenaza era un riesgo personal que había que añadir a los otros: «Don Alfonso tomaba muy grand trabajo en esta hueste (la de Algeciras), andando todo el dia armado; et convevíale de lo facer así, ca sabido avía que los moros habian venido al real, de los de la villa et de los de fuera, para lo matar.»

Basó mucho su gobierno en las cortes, que con frecuencia reunió. El pueblo fue gran ayuda para él, tanto en la obtención de recursos como en su lucha contra los grandes del reino.

Su visión diplomática y su actuación en consecuencia, fueron tales que hicieron que el prestigio de Castilla aumentase en toda Europa. Inglaterra y Francia se disputaron su amistad. Don Alfonso alcanzó mucha popularidad entre la nobleza europea debido en parte a la afluencia de señores extranjeros que hubo en el sitio de Algeciras. El rey de Castilla supo presentar la campaña como verdadera cruzada contra el Islam y muchos vinieron para luchar contra los moros junto con ese rey que veían gran caballero.

(46) Norman y Pottinger, en su libro *English Weapons and Warfare*, se expresan, con referencia al siglo XIV: «Un nuevo y muy importante aspecto de la Caballería fue el sentimiento romántico hacia las mujeres hermosas. El caballero tenía que tener una dama a la que admiraba y servía... Pero como el caballero en cuestión, probablemente, estaba ya casado con otra mujer, por su dinero, o por su influencia familiar, o porque sus tierras estaban cerca de las suyas, se ve que la Caballería se estaba convirtiendo en un gigantesco juego divorciado de la realidad.»

En 1349 puso don Alfonso sitio a Gibraltar; su gobernador era partidario del príncipe Abohacén de Marruecos sublevado contra su padre Abul Hassán, con quien el de Castilla tenía ajustada la tregua. No obstante, el rey Yusuf de Granada acudió a socorrer a la plaza. Se declaró en el real de los castellanos la peste, y por más que le quisieron convencer a don Alfonso de que levantase el sitio, no lo consintió su «guerrera tenacidad».

Murió «en hueste», mandada por él como capitán general nato, como rey batallador. Falleció el 27 de marzo de 1350. Cuando al fin se levantó el campo, los moros se mantuvieron respetuosamente y ¡algunos vistieron brazales negros en señal de luto!... «Dios haya la su ánima... ca fué un noble rey», dice el cronista. Amén, digamos nosotros con él, al cabo de más de seis siglos, en una España en cuya constitución tuvo tanta parte el esfuerzo de nuestro rey don Alfonso «el Onceno».

BIBLIOGRAFIA

- Crónica de Don Alfonso el Onceno, según manuscritos de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial, de la Mayansiana y de la Crónica mandada trasladar por el Rey Don Enrique II de Castilla a Juan Núñez de Villazán. Publicado por don Francisco Cerdá y Rico, en Madrid, en M.DCC.LXXXVII, en la Imprenta de don Antonio de Sancha.
- LEVI-PROVENCAL, E.: *La Péninsule Ibérique au Moyen Age*, según el Kitab al-Raw al-Mitar de Ibn Abd al-Munim al-Himyari. Leiden, 1938.
- DON JUAN MANUEL: *Libro de los Estados*. Párrafos de la obra «Museo Militar», de Francisco Barado, tomo I, págs. 229 y 230.
- PADRE MARIANA: *Historia general de España*. Madrid, Imprenta Roig, 1852 (dedicada al Rey Don Felipe III).
- MENÉNDEZ PIDAL: *Historia de España*. España musulmana, tomos IV y V. *Poema de Alfonso Onceno*. Crónica rimada atribuida a Rodrigo Eanes. Manuscrito del siglo XIV. Biblioteca de Autores Españoles. Rivadeneira, Madrid, 1864.
- SUÁREZ GONZÁLEZ, LUIS: Artc. Alfonso XI y otros, en *Diccionario Histórico de España*, dirigido por Germán Bleiberg.
- SALAS, JAVIER DE: *Marina Española de la Edad Media*. Madrid, 1927.
- DELGADO GÓMEZ, CRISTÓBAL: *Algeciras*. Algeciras, 1977.
- CLONARD, CONDE DE: *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*. Madrid, 1851.
- FUNCKEN, LILIANE ET FRED: *Le costume, l'armure et les armes au temps de la Chevalerie (du huitième au quinzième siècle)*. Casterman, 1977.
- SECO DE LUCENA, LUIS: *El Libro de la Alhambra. Historia de los Sultanes de Granada*. Editorial Everest.
- *El Ejército y la Marina de los Nazaries*. Cuadernos de la Alhambra, núm. 7.
- A. V. B. NORMAN AND DON POTTINGER: *English Weapons and Warfare, 449-1660*. Arms and Armour Press. London-Melbourne.
- AUGUSTE DEMMIN: *Guide des Amateurs d'Armes et Armures Anciennes*, Paris, 1869.